

# EL ALIVIO DE LAS NUBES



**Y MÁS CUENTOS TICOS  
DE CIENCIA FICCIÓN**

**Iván Molina Jiménez**





*Iván Molina Jiménez*

# **EL ALIVIO DE LAS NUBES**

**Y MÁS CUENTOS TICOS  
DE CIENCIA FICCIÓN**

San José  
2005

863.6  
M7221a

Molina Jiménez Iván

El alivio de las nubes y más cuentos ticos de ciencia  
ficción / Iván Molina Jiménez. – 1 ed. –San José, C.R. :  
I. Molina J., 2005.

76 p. ; 13 x 21 cm

ISBN: 9968-9560-0-7

1. Cuentos - costarricenses. 2. Ciencia ficción.  
I. Título.

Los personajes, experiencias, entidades, instituciones y eventos descritos en este libro son ficticios o utilizados ficticiamente.

Primera edición: 2005.

Diseño de portada: Silanif Sumsare.

Ilustración de portada y contraportada: Vania.

© Iván Molina Jiménez.

Apdo. 1478-4050. Alajuela, Costa Rica; email: [ivanm2001@hotmail.com](mailto:ivanm2001@hotmail.com)

Prohibida la reproducción total o parcial.

Todos los derechos reservados.

Hecho el depósito de ley.

## CONTENIDO

VERDE SERÁ EL OLVIDO	7
INTENSIDAD LÍQUIDA	13
LOS MONSTRUOS SON HUMANOS	23
FUENTE DE CONSULTA	31
EL ALIVIO DE LAS NUBES	37
PROMETIDO POR LA BRISA	45
COMPENSACIÓN TERAPÉUTICA	51
LA INVENCION DE POLIMENI	57
INMIGRANTE FRUSTRADO	65
LA Morsa MAROMERA	71



## VERDE SERÁ EL OLVIDO

**L**a nave sobrevoló la catedral de Alajuela, giró al sur y descendió lentamente en la explanada del parque Juan Santamaría. Era una tarde de diciembre, con un cielo azul brillante. El calor dejado por el mediodía empezaba a ser barrido por una fuerte brisa, que golpeó amistosamente la cara de los dos seres que, tras abrirse la compuerta, bajaron al pavimento. El más viejo contempló tristemente las calles vacías y dijo:

—La civilización siempre es un azar: una vez que se alcanza la primera fase de la industrialización, el futuro posible debe ser definido en un período muy corto, en el cual es preciso asegurar el predominio de la solidaridad social, la desmilitarización y la responsabilidad ecológica; de lo contrario, fácilmente pasa lo que ocurrió en este planeta.

Zieblt era un respetado especialista en el tema: en tanto director del departamento de recuperación del Museo Universal de Arte, cada vez que una civilización se autodestruía, debía organizar un ejército de evaluadores, cuya tarea consistía en decidir cuáles piezas —en particular pinturas y esculturas— serían rescatadas y pasarían a integrar las vastas colecciones de la institución.

—Evidentemente, el gran fracaso de la humanidad fue no haber podido construir un socialismo democrático durante

los siglos XIX y XX. Después del colapso de la Unión Soviética, el capitalismo corporativo y el militarismo de Estados Unidos ya no tuvieron freno. El deterioro constante de las condiciones de vida de la población fue agudizado por los crecientes conflictos étnicos y religiosos y la destrucción del ambiente.

Detenidos bajo la acogedora sombra de los árboles de mango, observaron primero el viejo edificio que albergara al Instituto de Alajuela, y luego el Palacio Municipal, la vieja fuente de bronce ubicada en el centro del parque, el antiguo cuartel, la fachada todavía en pie del teatro Milán y el kiosco de música.

—La vida aquí debió ser muy tranquila.

—Posiblemente. Costa Rica combinaba un limitado desempeño económico con importantes logros sociales y políticos. Fue el único país, en todo el planeta, que verdaderamente abolió el ejército.

Sin poderlo evitar, Zieblt evocó las imágenes de un documental que viera días atrás, sobre la vida cotidiana en Alajuela durante la década de 1960. Era domingo y, a la salida de misa, cientos de personas se dispersaron por el parque: unas a oír el final del partido de fútbol y otras a conversar de política; y entre el discreto cortejo de los jóvenes, los niños corrían de aquí para allá, a veces diez o más se apretujaban alrededor de un vendedor de granizados, y en otras ocasiones, se inclinaban en el borde de la fuente para ver, tan cerca como fuera posible, los peces de colores.

—El final fue tan inesperado y rápido.

Al oírse a sí mismo, Zieblt se sintió abrumado por una sensación de desperdicio. En el 2037, los militares ingleses, presionados por la opinión pública mundial para finalizar la ocupación de Belfast iniciada en el 2035, contrataron con una compañía farmacéutica europea la creación de un virus que, literalmente, fuera capaz de convertir a una persona en polvo

en menos de seis horas. La nueva arma, además de su vasto poder destructivo, era extraordinariamente sofisticada, ya que podía ser controlada por computadora: dispersada en un área dada, infectaría únicamente a los individuos cuyo código genético estuviese designado previamente para el exterminio, es decir, a los irlandeses que pertenecían a la resistencia.

Tras ser liberado, el virus mutó de una manera inesperada y se adaptó para convertir al aire en el componente básico de su reproducción. Seis días después, toda la vida animal y humana sobre el planeta había desaparecido. Al enterarse de la tragedia, los ocupantes de las estaciones espaciales y de los submarinos, las únicas personas sobrevivientes, optaron por suicidarse.

—En Calypsia, después de una catástrofe así, una nueva civilización logró florecer otra vez y superar el militarismo, las culturas individualistas y discriminatorias y las economías expoliativas y contaminantes.

—Me agrada tu optimismo —contestó Zieblt—; pero por ahora la única vida que alberga este planeta se limita a los habitantes de las profundidades marinas.

\*

—Los costarricenses eran, sin duda, muy peculiares. El terreno donde se ubica este edificio fue donado, en el siglo XIX, por una familia acaudalada y devota para construir una escuela y una ermita; pero, en desacato a tal deseo, las autoridades lo utilizaron para construir un cuartel. Después de la abolición del ejército, fue convertido en un museo para conmemorar una guerra y, pese a eso, su principal obra de arte en exhibición es una de las más extraordinarias pinturas antimilitares producida en América Latina.

Durante algunos minutos, Zieblt y su asistente contemplaron, en silencio, el enorme lienzo, en el cual tres individuos, quizá campesinos costarricenses, yacían en una calle empedrada, en tanto otro, sangrante y ya sin fuerzas, apro-

ximaba una rústica antorcha al techo de lo que parecía ser una casa.

—En abril de 1856, las tropas de Costa Rica invadieron Nicaragua para enfrentar a las fuerzas dirigidas por William Walker, un mercenario de Estados Unidos. En Rivas, se libró la batalla principal, en la cual, según la tradición oral, un trabajador alajuelense, Juan Santamaría, perdió su vida al quemar una edificación que servía de fuerte al ejército enemigo. Varios años después de finalizada la guerra, ese soldado fue convertido por los intelectuales y políticos liberales en el héroe nacional.

—El estilo se parece un poco al de un pintor español...

—Goya.

—¿“Los desastres de la guerra?”

—En efecto; sin embargo, esta pintura tiene un trasfondo más interesante. Con el propósito de extender y profundizar el patriotismo, las autoridades costarricenses de finales del siglo XIX convirtieron a Santamaría en el héroe perfecto: una figura popular, étnicamente blanca, dispuesta a sacrificarse en el exterior con tal de preservar la Costa Rica existente. Para consolidar esta imagen, contrataron a un escultor francés...

—¿Es la estatua que está en la plazoleta donde aterrizamos?

—Exacto. El Santamaría de la estatua porta un traje militar, su mirada es segura y, con decisión, se prepara a cumplir la tarea que le impuso el destino. Tal visión es la que fue desafiada por este lienzo. El pintor, Enrique Echandi, presentó al héroe como un patético campesino mulato, dominado por la fatiga y demacrado.

—¿Sospecho que la pintura no fue acogida favorablemente?

—Echandi la pintó con el fin de participar en la Exposición Centroamericana a celebrarse en Guatemala en 1897,

pero antes la exhibió en San José. La respuesta de los liberales fue increíble: condenaron al lienzo por sacrílego y algunos, incluso, clamaron porque fuera, inmediatamente, arrojado a las llamas.

—Es decir, se valieron de un lenguaje religioso para descalificarla y evidenciaron estar dispuestos a apropiarse de los procedimientos inquisitoriales con tal de destruirla.

—Veo que tu proceso de aprendizaje avanza.

—¿Qué le pasó a Echandi?

—Pese a su enorme talento, quedó por fuera de los círculos artísticos oficialmente apoyados y debió dedicarse a dar clases en distintos colegios para sobrevivir. El lienzo, a su vez, permaneció por décadas en una bodega del Instituto de Alajuela; únicamente empezó a ser valorado de manera apropiada casi un siglo después de su creación.

—Me entristece saberlo.

—No fue el único caso.

La voz de Zieblt tenía un tono irónico; después de una pausa, agregó con cierta tristeza:

—Ya es tiempo de irnos. Empieza a refrescar.

\*

El asistente de Zieblt, Remlapnevets, colocó un diminuto identificador en la base del lienzo; en unas pocas semanas, el equipo de carga empezaría a recolectar las piezas seleccionadas en toda Centroamérica. Volvió a contemplar la pintura y se alegró de que pudiese ser preservada. La vegetación, que ya empezaba a invadir los edificios y a romper el asfalto, poco a poco terminaría por cubrir, de nuevo, toda la superficie terrestre. Tras escucharlo expresar su asombro por las enredaderas que aprovechaban el tendido eléctrico y las canoas de los edificios para extender su imperio, su jefe y maestro le dijo antes de ingresar a la nave:

—El olvido, en este planeta, va a ser del color de las esmeraldas.



## INTENSIDAD LÍQUIDA

**C**onocí a Aurelia en marzo del 2010, cuando tenía 23 años. Necesitaba llevar un seminario de letras para terminar mi bachillerato en biología tropical, así que matriculé un curso sobre literatura y revolución en Centroamérica, con la esperanza de que fuera una asignatura fácil. Descubrí mi grave error en la primera clase: debía leer casi dos libros por semana, elaborar cinco ensayos cortos, preparar una exposición y rendir dos exámenes, uno oral y otro escrito. Pensé, de inmediato, que la única opción que tenía era desertar; pero después de escuchar su elocuente y entusiasta conferencia introductoria, decidí correr el riesgo de quedarme.

Antes que su palabra, me impresionó su presencia. Falaban dos minutos para la cinco de la tarde y los estudiantes que no la conocíamos tratábamos de imaginar, con la curiosidad nerviosa de la primera clase, cómo sería la profesora. De pronto, y por un breve instante, en el umbral de la puerta se detuvo una mujer alta, elegante, de cabello corto. Cubierta por la luz final de un jueves de verano, que atravesaba los amplios ventanales del mini-auditorio, parecía muy joven, impresión que fue reforzada por la fugaz sonrisa que asomó en su rostro. Tras verificar que era el aula correcta, entré, colocó sobre el escritorio la cartera, el maletín y unos libros, y nos saludó.

Después de la clase, me fui a mi casa, comí en cinco minutos, encendí la computadora y, en tanto terminaba de oír las cotidianas quejas de mi madre por mi falta de educación en la mesa, empecé a buscar información detallada sobre Aurelia Soto. Únicamente sabía que era una escritora famosa y, precisamente, por eso matriculé su curso: supuse que una persona tan ocupada de seguro impartiría una asignatura poco exigente. Ahora, tras verla y escucharla, quería conocer más, y varias decenas de bases de datos estaban listas para abrirme de par en par sus puertas digitales y satisfacer mi deseo.

El resultado de la investigación aumentó el interés que ya sentía por mi nueva profesora. Aurelia era la hija menor de un próspero médico de Santo Domingo de Heredia. Nacida en abril de 1964, muy joven dejó la casa y sus estudios universitarios en administración de empresas para colaborar, en compañía de su novio, en la cruzada alfabetizadora de los sandinistas. Pese a que su compañero pronto regresó a Costa Rica, ella permaneció en Nicaragua. Gracias a su esfuerzo y a su preparación, pronto estuvo a cargo de un importante proyecto cooperativo, cuyo éxito motivó sucesivos ataques de la contra, en uno de los cuales fue herida de bala en la pierna izquierda y en la espalda.

Tras la derrota electoral del sandinismo en 1990, Aurelia dejó Managua y, luego de una corta estancia en San José, se trasladó a Pittsburgh, donde obtuvo un doctorado en estudios culturales. Volvió a Costa Rica en 1996, empezó a laborar en varias universidades públicas y privadas y, dos años después, se casó con un acaudalado empresario turístico, de origen catalán, con el cual tuvo dos hijas. Entre su carrera académica y sus deberes domésticos y maternos, encontró tiempo para escribir cuentos y poemas que circularon en revistas y periódicos. Alentada por la favorable acogida que tuvieron estos textos, en el 2007 publicó su

primera novela, basada en su experiencia nicaragüense, la cual se convirtió en un éxito de ventas y de crítica.

La segunda novela de Aurelia, un complejo relato sobre los cambios en la identidad cultural vividos por una familia salvadoreña que inmigró ilegalmente a Estados Unidos en la década de 1960, vio la luz en el 2009 y la colocó entre las principales escritoras de América Latina. La obra fue traducida, ese mismo año, a varios idiomas (inglés, francés, alemán, italiano, sueco y japonés) y una compañía estadounidense compró los derechos para filmar la película, cuyo estreno fue previsto para el verano del 2011. Definitivamente, mi nueva profesora estaba muy por encima del docente universitario promedio.

\*

Mi admiración inicial por Aurelia se consolidó a lo largo del curso, al constatar la dedicación con que preparaba sus lecciones, su capacidad explicativa y, sobre todo, su extraordinaria imaginación para vincular lo social, lo político y lo literario. Me preocupé tanto por corresponder a su esfuerzo que me convertí en su mejor estudiante y, una vez terminado el semestre, empecé a visitarla en su oficina todas las semanas. Al principio temí ser un fastidio y que me atendiera únicamente por obligación; pero luego me percaté de que verdaderamente le agradaba conversar conmigo, especialmente de literatura y de cine.

A finales de agosto, después de una extensa conversación sobre la última película de Polanski, Aurelia me preguntó si me gustaría acompañarla a tomar una cerveza. La pregunta me tomó completamente por sorpresa; pero, casi sin pensarlo, le contesté que sí. Fuimos a la “Casa de los tres cafés” y ocupamos una mesa en la terraza. Era una noche fresca y llena de estrellas. Pedimos una pizza vegetariana y allí, por vez primera, tocamos temas personales. Me habló de su esposo y sus hijas, de sus viajes y de su próxima nove-

la; yo le conté de mi familia, de por qué decidí estudiar biología tropical, de lo feliz que estaba por haber ingresado al posgrado y de mi interés por especializarme en descontaminación marina.

Salimos pasadas las once y, aunque insistí en tomar un taxi, la profesora se ofreció a llevarme a mi casa, en Guadalupe. Acepté con un poco de pena, pero la olvidé en el camino, a medida que conversábamos de los errores cometidos por los traductores y, en particular, sobre el caso de la versión inglesa de *El segundo sexo*, de Beauvoir. La fascinación por lo que oía me hizo perder el sentido del tiempo, y sólo lo recobré cuando Aurelia, al aproximarse al palacio municipal, me preguntó por dónde debía seguir. Le di la dirección y unos minutos después estacionó el auto al frente de la entrada principal del condominio.

Iba a agradecerle de nuevo por la invitación y a despedirme cuando Aurelia se desabrochó el cinturón de seguridad, se acercó y con la mano izquierda me acarició el rostro. Del susto, a lo único que atiné fue a cerrar los ojos, y cuando me preparaba para decir algo, sentí sus labios contra mi boca, la fuerza de sus manos sobre mis hombros y la caricia de su respiración agitada en una de mis mejillas. A como pude, logré desprenderme, la empujé en dirección al asiento del conductor y, sin mirarla, abrí la puerta del auto y corrí. Me pareció que dijo algo, tal vez mi nombre, pero no me detuve ni volví a mirar atrás.

En los días posteriores, me abismé en una profunda confusión. Sin duda, la profesora me atraía, sobre todo intelectualmente; pero cómo podía involucrarme con una mujer casada y con dos hijas y que, además, era de la edad de mi mamá. Por si fuera poco, lo ocurrido en el auto reabrió heridas recientes: apenas en mayo, acababa de terminar una relación de casi dos años con una persona que, tras la ruptura, se dedicó a lastimarme. Con el fin de escapar de tanto

agobio, me fui de fin de semana a la playa con una de mis tías. Al regresar, encontré un mensaje de Aurelia en mi cuenta de correo electrónico. Vacilé entre botarlo sin abrirlo o leerlo. Decía simplemente: “Por favor, pasá por mi oficina el miércoles”.

Toqué la puerta muy suavemente, con el deseo sincero de que no estuviera. Pero cuando me abrió, sentí su perfume, vi su sonrisa y me alegré. A partir de ese día, empezamos a construir una relación que se prolongó por cinco años, cuya etapa más feliz correspondió al período entre octubre del 2014 y mayo del 2015. En esos meses, y gracias a los fondos de una beca europea por la que concursé para financiar la investigación de mi tesis de doctorado, alquilé un acogedor apartamento en Limón centro, frente al Parque Vargas. De lunes a jueves trabajaba sistemáticamente en la búsqueda de información acerca de cómo el crecimiento urbano, acelerado por la expansión turística, había afectado la vida marina. Viernes, sábados y domingos eran, única y exclusivamente, para compartirlos con Aurelia.

\*

El 23 de marzo del 2052 cumplí 65 años y celebré la ocasión como líder del equipo científico de Naciones Unidas que, tras un largo conflicto legal, por fin fue autorizado para investigar, en directo, la devastación producida por el “accidente” del 2045. El tercer Tratado de Libre Comercio (TLC), aprobado por los diputados en agosto del 2040, incluía una cláusula secreta que establecía que, a cambio de un trato preferencial a las exportaciones costarricenses de nanotecnologías (una actividad controlada por capital transnacional), diversas áreas de la costa Caribe serían utilizadas como depósitos subterráneos de desechos radioactivos estadounidenses.

En la madrugada del 2 de febrero del 2045, un terremoto de 6.5 grados en la escala de Richter produjo una explo-

sión en cadena de los depósitos que arrasó con todo ser viviente desde San Juan del Norte hasta Sixaola. La cifra de víctimas humanas ascendió a más de 500.000 personas, en cuenta decenas de miles de turistas, principalmente canadienses y europeos. En el contexto de tal catástrofe, el Congreso aprobó un conjunto de medidas de emergencia, entre las cuales figuraba la prohibición, durante diez años, de desplazarse por cualquier medio al Caribe. La ciudad de Turrialba, gracias a su ubicación estratégica entre Cartago y Limón, se convirtió en el eje de la nueva frontera interna, celosamente vigilada por la policía.

Aunque la razón básica que se adujo para justificar esa restricción fue evitar que más personas corriesen el riesgo de contaminarse, diversas organizaciones ecológicas opinaban que el motivo de fondo era ocultar la verdadera magnitud del desastre. Los principales políticos del país, durante los primeros meses, procuraron minimizar la gravedad de lo ocurrido, al tiempo que las autoridades se valían de todas las excusas posibles para impedir el envío al Caribe de equipos de investigación operados a control remoto. La catástrofe pronto se convirtió en el eje de una profunda crisis política, cuando un periódico español denunció que, con el fin de agilizar la aprobación del TLC 3, varias decenas de millones de dólares fueron transferidos por las empresas nanotecnológicas al presidente, a las vicepresidentas, a varios ministros, a algunos magistrados y, prácticamente, a todos los legisladores.

El escándalo que provocó esa denuncia concentró el interés público en la lucha contra la corrupción, un énfasis que fue discreta, pero decisivamente apoyado por la transnacional que administraba los depósitos de desechos radioactivos. Además de una fuerte campaña periodística a favor de la prohibición y del pago de salarios extraordinarios a los policías que vedaban el paso al Caribe, esa poderosa corpo-

ración, según se supo después, sobornó permanentemente a los magistrados ante los cuales fue solicitada, una y otra vez, que la restricción se declarase inconstitucional. Cuando esto último se logró, el 5 de marzo del 2052, acababa de vencer el período de 7 años, un mes y un día en el cual, de acuerdo con el contrato firmado con el gobierno, la compañía podía ser demandada por cualquier accidente ocurrido durante su gestión.

\*

Es la una de la tarde y acabo de detenerme, por un momento, en lo que fuera el Parque Vargas. El traje que me protege de la radiación es tan pesado como agotador. Le advierto a mis compañeros que estaré fuera del aire unos minutos. Dejo abierto el canal externo y elevo el volumen. Sólo escucho el mar y el viento. Contemplo las ruinas que se extienden por todas partes y me contengo para evitar una lágrima. El Caribe que inspiró las novelas de Fallas y de Rossi, los cuentos de Duncan, la poesía de Bernard, las pinturas de Negrín y las canciones de Ferguson y Monestel, fue despojado de todos sus colores y sonidos y convertido en escombros.

Desde donde estoy, puedo ver las ruinas del edificio de apartamentos en el que viví tantos años atrás. Cierro los ojos y por un momento vuelvo a oír el ruido de la calle e imagino que todavía hay flores en mi balcón. ¡Fui tan feliz aquí! Todos los viernes Aurelia solía llegar entre diez y once de la mañana y, después de comernos a besos, nos bañábamos y salíamos a almorzar al restaurante chino de la esquina. Luego, tras dar una vuelta por la ciudad y aprovisionarnos de vino, cervezas, cigarrillos, pan, vegetales y otros víveres, regresábamos ya de noche, con la ropa sudorosa y la ansiedad por colmarnos otra vez de caricias.

El final de tanta pasión fue casi inesperado. El 12 de julio del 2015 presenté mi tesis de doctorado y, una semana

más tarde, uno de mis profesores me preguntó si me interesaría concursar por una plaza para participar en un programa de especialización, de un año de duración, a efectuarse en Stanford, California. Le contesté que sí y envié la aplicación correspondiente. Cuando le conté a Aurelia, se molestó mucho y me acusó de buscar una excusa para abandonarla. Sin responderle, me levanté de la cama, me vestí y me fui a mi casa. Pese a mi enojo, traté de entenderla. Sabía que el último mes había sido muy difícil para ella: acababa de firmar su divorcio y sus familiares, en particular sus hijas, le cobraban su relación conmigo.

Al día siguiente, la busqué y traté de explicarle mi punto de vista, pero a los pocos minutos, en vez de hablar, discutíamos. La experiencia volvió a repetirse toda esa semana y la próxima. El sexo abría breves espacios de comunicación que desaparecían apenas tocaba el tema de Stanford y la oportunidad que esa especialización significaba para mi carrera. Fue un tiempo muy triste y doloroso. Por fin, me convencí de que Aurelia únicamente aceptaría una capitulación: debía escoger entre permanecer a su lado o mi vida. El 31 de agosto recibí la comunicación oficial de mi aceptación y el 6 de septiembre ya estaba en Los Ángeles.

Tres meses después, recibí un correo electrónico de Aurelia, en el que me contaba que, desde hacía dos semanas, había alquilado el apartamento frente al Parque Vargas y que se proponía pasar ahí de viernes a domingo. Se disculpó con palabras breves y precisas, me dijo que le encantaría compartir el fin de año conmigo en Limón y ofreció pagarme el boleto. Leí el mensaje varias veces, pero no le contesté. A los cinco días, me llegaron unos versos:

“Más que vivir,  
se sobrevive  
en el ir y venir

cotidiano  
del Caribe,  
con su amanecer  
temprano  
y ya llovido,  
especial para convalecer  
de un amor perdido”.

El poema venía con una posdata, en la que Aurelia me preguntaba si podía colocar “perdido” entre signos de interrogación. Sinceramente, deseaba verla de nuevo; pero, a la vez, sabía que eso no me convenía. Aparte de las presiones familiares, estaba la diferencia de edad, la cual tendería a acentuarse cada día más. Mi silencio electrónico motivó unos versos adicionales, los últimos que me escribió:

“Llueve y no llueve,  
llueve y deja de llover,  
y todo es menos que el leve  
beso de una mujer  
convocada  
por mi corazón, al amanecer,  
con impaciencia,  
para ser  
amada  
en ausencia”.

Jamás la volví a ver. Cuando me incorporé a la universidad, Aurelia ya se había jubilado y me enteré de su muerte por la prensa. Falleció de cáncer en el 2032, hace ya veinte años. Fue mi única experiencia con una mujer, pero todavía me estremezco al evocar las tardes y noches que pasamos en ese apartamento. Veo sus ruinas y mi memoria me devuelve a dos cuerpos trenzados y bañados en sudor,

mientras la brisa marina, invitada por la ventana abierta, burla la cortina, se desliza por los cuellos, explora las comisuras de los labios y palpa senos y vientres, en un esfuerzo desesperado por unírseles y compartir la intensidad líquida desatada por la llama invisible del deseo.

## LOS MONSTRUOS SON HUMANOS

**L**a compañía “Monsters 4 You”, una división de la corporación Bush, fue fundada en Austin en el 2045 y tuvo un éxito extraordinario: en las afueras de la ciudad, fue construido un inmenso parque de diversiones, con cinco escenarios básicos: la mansión de los vampiros, el bosque de los hombres-lobo, el castillo de Frankenstein, el lago de los mutantes y las criaturas del espacio exterior. El atractivo principal consistía en que, según lo enfatizaba la campaña promocional correspondiente, los seres exhibidos no eran artificiales, sino verdaderos, producidos por ingenieros genéticos que se aseguraron de dotarlos con las características imaginadas por los escritores, guionistas y cineastas de los siglos XIX y XX.

Fue tal el entusiasmo popular con el parque, que la corporación, entre el 2046 y el 2048, abrió diez complejos más en Estados Unidos, cinco en Europa, uno en Japón y dos en América Latina (México y Brasil). La expansión fue facilitada porque, con el fin de reducir al mínimo los costos de operación, las criaturas eran diseñadas con un promedio de vida de una semana: era más barato crear nuevos seres constantemente que financiar su mantenimiento, razón por la cual, al finalizar su séptimo día de vida, su cerebro dejaba de funcionar. La apertura de más parques permitió alcanzar

una escala que abarató, todavía más, la producción en serie, lo que condujo, en el 2051, a la fundación en Dallas de “Monsters 4 Hunt”.

A diferencia de su predecesor (cuyo perfil fue definido en función de la familia y, en especial, de los niños), el nuevo parque estaba dirigido exclusivamente a los adultos. Por una tarifa de cinco mil dólares, la persona interesada podía escoger entre matar a un hombre-lobo con balas recubiertas de plata, clavar una estaca en el corazón de un vampiro, quemar a un mutante con NAPALM, electrocutar al monstruo de Frankenstein en la torre más alta del castillo o ametrallar a las criaturas espaciales. El contrato estipulaba que la compañía suministraría las armas, el equipo y tres asesores especializados, en tanto que el cliente libraba a la empresa de toda responsabilidad en caso de ser herido o muerto durante el proceso.

Impulsados por una demanda sin precedente, los cotos de caza se multiplicaron, y su expansión elevó a niveles increíbles las utilidades corporativas. La explotación de los seres fue organizada en función de su corto ciclo vital: cinco días en los parques de exhibición y dos en los de cacería. La experiencia de enfrentar y destruir a verdaderos monstruos era tan atractiva que los cientos de miles de personas que pagaron por disfrutarla jamás pensaron que, considerado el asunto desde otra perspectiva, cancelaban cinco mil dólares por exterminar criaturas que, de todas maneras, debían ser reemplazadas por estar a punto de alcanzar el final de su vida útil.

Desde el inicio, la exhibición de los seres provocó fuertes ataques de diversas organizaciones religiosas, humanitarias y ambientalistas, los cuales se intensificaron tras la apertura de los parques de caza. Los defensores de los monstruos, sin embargo, fracasaron una y otra vez en los tribunales. El razonamiento fundamental de los jueces era

que, puesto que las criaturas no calificaban como personas o animales, estaban fuera de la jurisdicción de la ley y eran propiedad exclusiva de la corporación Bush. La fuerza de este punto de vista parecía consolidarse cuando, en junio del 2057, la opinión pública mundial fue conmocionada por el incidente de Alajuelita, el cual volvió a agudizar el debate legal, ético y filosófico.

\*

Después de adquirir la franquicia para Centroamérica, en el 2054 inicié la construcción de los parques de exhibición y de caza en las montañas de Alajuelita, a unos pocos kilómetros al sur de San José. La inauguración se verificó el primero de enero del 2056 y, a partir de esa fecha, la administración de las instalaciones se convirtió en un éxito financiero que me valió ser declarado empresario del año. En vez de importar las criaturas de México, el abastecedor para el resto de América Latina, logré un ventajoso acuerdo con la casa matriz para traerlas directamente de Texas y promocionar la índole estrictamente original de los monstruos.

Todo iba a la perfección hasta que ocurrió el “accidente”, palabra que entrecomillo porque fue provocado por la imprudencia de unos consumidores. En junio del 2057, el banquero salvadoreño, Maximiliano Dabuison, contrató la oferta especial del día del padre, que consistía en que él y su progenitor podrían cazar tres hombres-lobo por el precio de dos. La cacería fue programada para la madrugada del día 23, pero debió ser suspendida, a último minuto, debido a que los especialistas asignados para asesorarlos tuvieron un percance automovilístico dos kilómetros antes del parque. Al enterarme, me apersoné de inmediato al edificio principal del complejo y les ofrecí mis disculpas; de nada sirvieron mis palabras.

Molestos porque esa misma mañana debían estar de regreso en San Salvador, los Dabuison utilizaron las armas

que ya se les habían proporcionado para amenazar a mis empleados y a mi persona y obligarnos a abrir la puerta de acceso al bosque de los hombres-lobo. Pese a mis repetidas advertencias de que se expondrían a graves peligros, se internaron en el bosque. Cinco minutos después, las cámaras de vigilancia me dejaron ver las imágenes que más temía. Tras caer en una celada, fueron desarmados y arrastrados a un claro. Rodeados de criaturas que en cualquier instante los iban a despedazar, en sus caras, iluminadas por la luna, sólo había espacio para el terror.

Entonces, ocurrió lo inesperado. Silenciosamente, los hombres-lobo se retiraron. De inmediato, ordené el ingreso al bosque del equipo de rescate, el cual trajo de vuelta a los Dabuison. Tras examinarlos, la médica de la empresa les administró un calmante y le indicó a uno de los enfermeros que los ayudara a desnudarse y asearse. El feliz final de este penoso episodio me tranquilizó, así que me fui a mi casa sin imaginar, siquiera, lo que me esperaba. Al mediodía, mi esposa me despertó.

—Mirá.

En el telenoticiero, se transmitía una versión completa de lo sucedido en la madrugada, al tiempo que los teléfonos de la casa empezaban a sonar casi al unísono.

—No contestés.

Me vestí en dos minutos y cuando llegué al parque de caza, el gerente me confirmó lo que ya sospechaba: un empleado que acababa de ser contratado, se había aprovechado de la confusión provocada por el incidente para hacer una copia digital de la grabación efectuada por las cámaras de seguridad y venderla al mejor postor. Al día siguiente, en todo el planeta, estaba en marcha una campaña a favor de los derechos de los monstruos. Dos semanas después, un comité especial, nombrado por Naciones Unidas, inició en Ginebra una investigación con el propósito de definir la

condición de las criaturas y, eventualmente, las leyes para su protección. Parecía el fin de todo.

\*

La presidenta del comité, una belga alta y esbelta, miró con cierto desdén a la persona que se aprestaba a declarar. Sabía, sin embargo, que su apariencia era engañosa: su corta estatura, su cara infantil y su sobrepeso disimulaban la brillantez de su mente.

—¿Su nombre completo y ocupación, por favor?

—Alvin L. Gardner y soy el jefe de la división de investigación genética de la corporación Bush.

—Según lo indicado por su abogado, usted tiene preparada una declaración que desea leer.

—Así es.

—Proceda.

Gardner se ajustó los lentes, se acomodó en su silla, respiró profundamente y con una voz firme expuso:

—La fabricación de los llamados “monstruos” fue un proyecto ejecutado bajo mi dirección entre el 2041 y el 2043. Dado que el objetivo era producir criaturas con propósitos comerciales, su estructura genética se basó en copias de códigos humanos, animales y vegetales. En pocas palabras, los seres diseñados para los parques de exhibición y cacería son artificiales.

En respuesta a los murmullos que invadieron la sala, la presidenta exigió silencio; después, agregó:

—Su explicación contradice lo que siempre ha dicho la corporación Bush en cuanto a que las criaturas son verdaderas; ¿es así?

—No lo sé. Mi especialidad es la genética combinada, no la publicidad.

Sin poder ocultar su molestia por la contestación evasiva, la presidenta hizo una pausa y decidió variar el curso de sus preguntas.

—¿Está al tanto de lo ocurrido en Costa Rica?

—Por supuesto.

—La actitud asumida por las criaturas, al no atacar a los señores Dabuison, es la base de un movimiento que defiende la humanidad de esos seres; pero, de acuerdo con lo declarado por usted, tal punto de vista es insostenible, dado que son artificiales.

—Es lo que dije.

—¿Fue por ser artificiales que los hombres-lobo no atacaron a los Dabuison?

Antes de terminar de oír la pregunta, Gardner comprendió que la presidenta lo acababa de atrapar; la miró e intuyó una sonrisa en su boca.

—Sí.

—Explíquese, por favor.

—Todas las criaturas están programadas para no atacar a los seres humanos.

De nuevo, la sala volvió a colmarse de expresiones de asombro y molestia.

—¿Por qué, entonces, los contratos de los parques de caza incluyen la cláusula que exime a la compañía de toda responsabilidad en caso de ataque?

Deseoso de vengarse, Gardner contestó con ironía:

—Tampoco lo sé. No soy abogado.

—Permítame volver a formular la cuestión: dada la programación previa, ¿qué posibilidad existe de que alguna de las criaturas agrede a un ser humano?

—Ninguna. Su ferocidad es verdadera, y la pueden exponer de manera aterradora, como se aprecia en lo ocurrido en el parque costarricense; pero son incapaces, por decirlo así, de aplicarla.

—¿Proteger a los cazadores no es, por tanto, la función principal de los asesores que los acompañan?

—No. Su tarea es reducir el tiempo de caza.

Muy tarde, Gardner se percató de que su respuesta contenía más palabras de las necesarias.

—¿Podría ser más específico en cuanto a esto último?

—Las criaturas son tan ingeniosas que, en el mejor de los pronósticos, una cacería podría durar varias horas; y en el peor, tendríamos experiencias similares a la costarricense. En cualquiera de los dos casos, los parques se verían obligados a aceptar menos consumidores por día. Los especialistas están provistos con sofisticados instrumentos de transmisión que emiten dos señales, una que disminuye la capacidad de respuesta de uno de los monstruos, previamente seleccionado, y otra que ahuyenta a los demás. Gracias a esto, el proceso de localización y liquidación dura, en promedio, treinta minutos.

\*

El escándalo mundial que provocaron las declaraciones de Gardner pasó pronto, y las potenciales denuncias de fraude quedaron en simples amenazas. Mañana se cumplen tres meses del incidente, y la asistencia a los parques empieza a recuperarse en todas partes. El comité de Naciones Unidas dictaminó, por unanimidad, que las criaturas eran productos artificiales cuya administración competía únicamente al fabricante. Temí perder la franquicia, pero la corporación Bush fue más que comprensiva, al aceptar que lo sucedido en Alajuelita fue un episodio aislado, provocado por el momentáneo desequilibrio emocional de dos apreciables empresarios salvadoreños y la traición de un empleado corrupto. Ya conseguí la autorización para inaugurar la opción (actualmente, sólo disponible en Estados Unidos) de cazar a los monstruos sin asesores, con una tarifa promocional de quince mil dólares por pieza.

Según los expertos financieros, las utilidades de los parques podrían alcanzar, en diciembre, el nivel logrado en mayo. Las agencias de publicidad laboran, intensivamente,

con el fin de aprovechar la Navidad. Me siento muy satisfecho, en particular porque la respuesta de los consumidores evidencia el fracaso de quienes, después del incidente, se dedicaron a desprestigiar a las personas que, con esfuerzo y dedicación, procuramos ofrecer sano entretenimiento para toda la familia y prácticas seguras de cacería. Por dicha, ya es casi imposible encontrar esos desagradables carteles clandestinos que, entre junio y julio, se veían en las principales ciudades del planeta, con una fotografía de los estimables dueños de la corporación Bush y abajo la frase: “Los monstruos son humanos”.

## FUENTE DE CONSULTA

**E**l joven que tenía al frente era muy atractivo y vestía impecablemente, pero Camila no sabía quién era. Por un instante, le preocupó estar despeinada; pero, de inmediato, se percató de que tal inquietud carecía de sentido. Parecía estar muy concentrado en la lectura de algo que se asemejaba a un expediente digital. Después de unos minutos, se decidió a llamar su atención. Simuló una tos suave sin lograr resultado alguno. Por lo visto, era necesario un proceder más directo.

—Disculpe.

Sin levantarse de su silla, el joven miró fijamente a la pantalla y, con un fuerte acento mexicano, se excusó:

—Perdón, señora. Estaba absorto...

—No se preocupe. A todos nos pasa.

—Permítame que me presente. Me llamo Agustín Lázaro y soy abogado.

—¿Estoy en dificultades legales?

Trató de formular la pregunta con ironía, pero él no captó la broma.

—Por supuesto que no. Voy a pedirle que me permita verificar varios datos y luego le informaré con mucho gusto de que se trata el asunto.

—Adelante.

–¿Su nombre es?

–Camila del Rosario Esquivel Soto. Nací en San José de Costa Rica el 30 de noviembre de 1998 y fallecí en Cartago, en un accidente automovilístico, el 21 de julio del 2028. ¡Vea esa era yo!

Lázaro miró la imagen que acababa de ser descargada del archivo digital.

–¿Verdad que era bonita?

Sin poder evitar sonrojarse, el abogado respondió:

–Evidentemente.

Tras aclararse la garganta, Lázaro volvió sobre el tema.

–Según el expediente, usted y su esposo contrataron con la empresa INS-Lloyd un plan familiar de transferencia digital de la memoria.

–En esa época, se pusieron de moda las pólizas para, en caso de muerte, preservar la memoria de los seres queridos, de manera que, aunque ya no estuvieran físicamente, una parte de ellos permaneciera viva. Jorge y yo, apenas dispusimos del dinero necesario, empezamos a cancelar las primas correspondientes.

–¿Su esposo era Jorge García Solano?

–Jorge Alberto.

–¿Y cuando usted murió tenía dos hijos?

–Sí, Carlitos José que iba para tercer grado de escuela y Jorge Alejandro para primero.

Tras verificar una información en el expediente digital, Lázaro se preparó para formular la pregunta clave.

–¿Recuerda cuándo fue la última vez que un familiar suyo la accesó?

–Apenas ayer...

Confrontada por el serio rostro de Lázaro, Camila se detuvo en seco y, después de unos segundos, su vida después de la digitalización de su memoria empezó a volver desde las profundidades de discos duros súbitamente pues-

tos a funcionar, tras pasar un largo período inactivos. Eran tantos recuerdos: la defensa póstuma de su tesis sobre la poesía centroamericana de inicios del siglo XX, la segunda boda de Jorge, las graduaciones, matrimonios y divorcios de sus hijos, las fiestas de quince años de sus nietas.

–Señor Lázaro, ¿qué año es este?

–La fecha de hoy es 23 de agosto del 2351.

El profundo silencio que colmó la sala únicamente era perturbado por el leve sonido del ventilador.

–¿Cuánto tiempo tengo sin ser accesada?

–De acuerdo con el registro, la última conexión fue el 30 de noviembre del 2148. Esther, la menor de sus nietas, y la única que quedaba con vida, se comunicó con usted para desearle feliz cumpleaños.

Discretamente, Lázaro bajó la cabeza y fingió buscar un dato en el archivo digital; entretanto, Camila empezó a recordar su última conversación con Esther, quien la accesó desde el laboratorio de cómputo de un asilo de ancianos ubicado en San Antonio de Escazú. Al verla, con su cabello completamente blanco y el rostro colmado de arrugas, no pudo evitar decirle a su nieta cuánto se parecía a la abuela de Jorge, Ángela, fallecida en el 2021.

–¿Por qué está usted aquí?

–Las compañías que empezaron a ofrecer la transferencia digital de la memoria, estimuladas por los bajos costos de operación, se comprometieron a brindar el servicio “por siempre”. El plan básico incluía preservar todas las emociones y conocimientos, disminuir el trauma que suponía la experiencia de la muerte, garantizar un espacio suficientemente amplio para almacenar una proporción razonable de nuevos recuerdos y datos y permitir un acceso ilimitado desde cualquier computadora, previa digitación de la contraseña apropiada.

–Algo recuerdo de eso.

–La cláusula de “por siempre”, sin embargo, tenía un inciso al que, en esa época, se le prestó poca atención: si una memoria digital pasaba cincuenta años sin ser accesada, el sistema la borraría automáticamente. Tal disposición se justificó por que se asumía que una desconexión tan prolongada indicaría el desinterés de bisnietos y tataranietos por mantener algún vínculo con sus antepasados.

–Si le entiendo bien, yo no debería existir ya.

–Está en lo correcto. El primer proceso masivo para borrar las memorias digitales transferidas entre el 2020 y el 2040 debió iniciarse en el 2160; pero eso no ocurrió.

La tensión en la voz de Lázaro le indicó a Camila que debía prepararse para lo peor.

–El ciclo sísmico del 2147 cambió completamente la faz del planeta.

–¿Costa Rica?

–Centroamérica desapareció, lo mismo que California y otras áreas del mundo conocido por usted. La población mundial bajó a 500 millones de personas. Actualmente, apenas es de cuatro veces esa cifra. El proceso de recuperación de la tecnología, la ciencia y las culturas de los últimos doscientos años condujo a los arqueólogos a priorizar el rescate de los módulos que albergan las memorias digitales con el fin de transferir los expedientes a distintas unidades de investigación, en las cuales serán preservados en tanto fuentes indispensables de consulta para los científicos.

–¿Esa es la razón por la que usted me accesó?

–Sí. La Corte Mundial de Justicia, por acuerdo del 3 de marzo del 2328, estableció que toda memoria individual recuperada, en tanto poseedora de voluntad y discernimiento, tiene el derecho de ser notificada de lo que ocurrió en el planeta y decidir si autoriza a ser transferida a una institución académica, en su caso, al Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Nueva Cuba.

—¿Y si no acepto?

—Permanecería en el módulo en el que actualmente está, cuyo mantenimiento, a cargo por ahora de la Comisión de Patrimonio Digital, finalizará el 31 de diciembre de este año, debido a la escasez de recursos. Las memorias que permanezcan sin ser transferidas empezarán a ser borradas poco a poco a partir de esa fecha.

—¿Dispondré de tiempo para pensarlo?

—Se lo diré de esta forma. Mi conversación con usted constituye una notificación oficial, a partir de la cual tiene un mes para decidir si autoriza que se le transfiera.

—¿Puedo saber qué pasó con las memorias de mis familiares?

—Todas están clasificadas como irrecuperables; su caso es una excepción, explicable porque, hasta el 2030, las memorias cubiertas por los planes del INS-Lloyd eran almacenadas en Chicago; las de sus seres queridos fueron albergadas en plataformas de servicio ubicadas en San José y desaparecieron junto con la ciudad.

—Por lo que veo, disponer de la tecnología más avanzada en Latinoamérica no fue ventajoso para Costa Rica.

—Tiene razón: actualmente, es una de las culturas menos representadas en la recuperación de memorias digitales. Se estima que el máximo que podrán ser rescatadas será inferior a 5.000. Por eso, es importante que considere con cuidado la opción de ser transferida al Centro.

—¿En condición de fuente de consulta?

—Eso lo definirá el consejo de científicos. De mi parte, esto es todo por el momento. ¿Algo más?

—Su apellido. Tiene un particular significado para mí.

—¿Por qué?

—“La profecía de Lázaro”. Es un fascinante poema del escritor Roberto Brenes Mesén. Le dediqué todo un capítulo en mi tesis de posgrado.

–Conozco poco de poesía, pero tengo la impresión de que Lázaro era un personaje bíblico. ¿De él trata el poema?

–Sí, lo único es que el del Nuevo Testamento le agradece a Jesús por resucitarlo, y el de Brenes Mesén le reclama por devolverle la vida.

Inseguro de si era un simple e inocente comentario literario o una queja indirecta, Lázaro se despidió con una promesa oficial:

–El 23 de septiembre la accederé de nuevo para conocer su respuesta.

Salió de prisa. Camila sabía que no era necesario que volviera puesto que su decisión ya estaba tomada, pero no lo detuvo: conversar otra vez con él era la última experiencia humana que se iba a permitir.

## EL ALIVIO DE LAS NUBES

Vershalia es un planeta similar a la Tierra, pero con una diferencia importante: en invierno, las nubes se congelan y, cuando estalla una tormenta eléctrica, se fragmentan y caen. Tras un evento de este tipo, el paisaje queda devastado: bosques destruidos, ríos desviados de sus cursos, colinas despedazadas y planicies cubiertas de cráteres. Por eso, para salir a la superficie es preciso conseguir una autorización especial de un oficial del servicio meteorológico. En primavera y verano, es fácil lograr el pase correspondiente; pero luego de empezado el otoño, se vuelve casi imposible obtenerlo, a raíz del peligro de muerte implicado.

La principal actividad económica en Vershalia es la extracción de oro y plata; sin embargo, sus pequeñas ciudades subterráneas son muy distintas de los viejos campamentos mineros del siglo XIX. El espacio urbano dispone de abundantes áreas verdes y canales de aguas cristalinas, y la enorme pantalla que sirve de bóveda reproduce, exactamente, las condiciones del cielo en el exterior. La temperatura fluctúa entre 25 grados al mediodía y 16 en la madrugada y, en cualquier instante, puede soplar el viento, con una fuerza máxima de cinco kilómetros por hora. Al pasear por las limpias aceras pronto se olvida que este mundo se encuentra a varios cientos de metros bajo la superficie.

Cervantópolis, la capital, es la ciudad más poblada: alrededor del distrito comercial y administrativo, se levantan áreas residenciales en las que viven unas 750.000 personas, todas adultas, en su mayoría con edades que fluctúan entre los 30 y los 40 años. Puesto que casi el 75 por ciento labora en explotaciones mineras localizadas, en promedio, a 100 kilómetros de distancia, el casco urbano parece casi desierto los días laborales; pero, a partir del viernes en la noche, se transforma: a diferencia de los otros días, hombres y mujeres, en vez de irse a descansar, llenan bares, restaurantes, teatros, gimnasios, tiendas, supermercados, plazas, parques y calles.

\*

El director del complejo minero Oblious-3, Braulio Ortiz, terminó de revisar un último balance de la producción diaria, dejó su oficina y se dirigió a la estación; en el camino, empezó a prepararse emocionalmente para el fin de semana. Era viernes en la tarde y, en su apartamento, debía encontrarse ya la compañera solicitada. Luego de meses de espera, había logrado que “Sex Inc.” le enviara una costarricense. Según el catálogo, era una joven bellísima, llamada Irma, diez años menor que él. Apenas podía esperar para estrecharla entre sus brazos, deslizar sus manos por todo su cuerpo, desnudarla y disfrutarla cuánto pudiera hasta el sábado al mediodía. Después, saldría a la superficie con Martha, Sun Li y Frederick, sus amigos proveídos por “Affection and Sensibility”, para participar en el último picnic de verano.

Indudablemente, Braulio era un privilegiado: además de un salario competitivo, tenía un seguro médico que cubría enfermedades dentales y de la vista, y un paquete de descanso y entretenimiento compuesto por tres semanas de vacaciones pagadas en el lugar de su escogencia, televisión de categoría platino, experiencias sexuales personalizadas y, lo

más importante de todo, una suscripción a la compañía líder en proporcionar servicios de amistad y afecto. Las personas por debajo de su clasificación laboral, en contraste, tenían compensaciones más limitadas, basadas en terapias genéricas de satisfacción individual, entre las cuales destacaba el inductor multiorgásmico.

A la espera del tren de alta velocidad que en unos pocos minutos lo llevaría de vuelta a Cervantópolis, Braulio observó un viejo anuncio de “Amigos Anónimos”, una organización cuyo propósito era ayudar a quienes, faltos de los fondos suficientes para pagar servicios afectivos, estaban dispuestos a practicar la amistad tradicional, entendida como compromiso de las dos partes. Aunque existían pequeños grupos, el proyecto fue esencialmente un fracaso, debido al tiempo extra que implicaba prestar atención a otra persona y a que asistir a las terapias mensuales era, ya de por sí, un estigma, asociado con la pertenencia a categorías laborales poco especializadas y de bajo ingreso.

\*

La valorización del afecto y su conversión en una mercancía fueron producto del colapso de la familia en el último tercio del siglo XXI. Tras el aumento sostenido en la proporción de parejas sin hijos y de personas que vivían solas, la empresa privada, bajo estricta supervisión del Estado, asumió la reproducción humana. La nueva estructura de la procreación, que coincidió con la decadencia de las religiones, permitió mejorar genéticamente a la población, con el fin de que fuera más sana y productiva, y permitió terminar, de una vez por todas, con la pobreza, los prejuicios étnicos y la criminalidad de base económica.

Gracias al crecimiento asociado con la colonización espacial, fue alcanzado el pleno empleo, a la vez que el nivel de vida se elevaba acumulativamente. Por supuesto, las diferencias sociales no desaparecieron, pero sí se transformaron.

La desigualdad en el talento, el esfuerzo y la iniciativa, tres variables que no podían ser completamente determinadas en los laboratorios de procreación y que, además, estaban sometidas a la influencia imponderable de la vida cotidiana, se convirtieron en el fundamento de la especialización laboral, el prestigio y la distinción. Únicamente los más brillantes y dedicados podían aspirar a ascender a las filas de los directivos de las corporaciones y a los puestos más altos de los partidos políticos y la administración pública.

Sin duda, el efecto más inesperado de la procreación industrial fue impulsar, en una escala sin precedente, los procesos de individualización y despersonalización. Los seres humanos gestados en incubadoras múltiples y criados en colectivos educacionales pronto evidenciaron serias dificultades para relacionarse más allá de los espacios de estudio y de trabajo, una limitación que pronto comenzó a perjudicar la productividad a mediano plazo. Tal desafío fue enfrentado mediante dos estrategias: para las mayorías, drogas genéricas capaces de proporcionar una sensación de bienestar permanente sin ocasionar graves efectos secundarios; y para los círculos de los privilegiados, servicios especializados de sexo y afecto a cargo de proveedores corporativos.

En un inicio, quienes cumplían funciones sexuales se ocupaban también de labores afectivas; sin embargo, las empresas pronto se percataron de que el excelente desempeño en un campo no suponía lo mismo en el otro. La respuesta dada a ese peligroso desequilibrio fue especializar los servicios, una opción que permitió disminuir las primas cobradas por sexo, y elevar significativamente las correspondientes al afecto. El alza, justificada por la costosa capacitación constante que precisaba el personal, convirtió la amistad en un símbolo esencial de distinción, al alcance de apenas el 10 por ciento de la población adulta.

\*

Al despertarse, Braulio no pudo evitar mirar el reloj. Faltaba un minuto para las siete de la mañana. Irma dormía aún. Contempló su cuerpo desnudo y se sintió lleno de deseo, pero sabía que no debía interrumpir su sueño. Para variar el curso de sus pensamientos, trató de acordarse de la última vez que estuvo en presencia de un costarricense. Diez años atrás, en un seminario en Europa, había coincidido con un economista gestado en la planta incubadora de Cartago, con el que conversó unos minutos. Verdaderamente, su conocimiento de Costa Rica era poco y se limitaba a una versión idílica de su pasado; eso sí, estaba orgulloso de que el suyo fuera el primer país de América Latina en poner en práctica la procreación industrial.

Irma no se impresionó cuando él le dijo que era costarricense; sonrió por cortesía, pero para ella —trasladada al Canadá francés antes de empezar la escuela— el lugar de nacimiento sólo significaba un código de ciudadanía. Braulio tampoco podía decir que tuviera un vínculo con Costa Rica: a los doce años, fue transferido a un colectivo educacional en Miami y no volvió más a su país de origen. Terminó su enseñanza secundaria en Nueva York y la universitaria en Berkeley. Tras su graduación, su carrera fue ascendente: a sus 32 años, ocupaba un puesto gerencial alto y tenía, casi segura, una promoción a corto plazo a administrador de área, que lo colocaría a las puertas de convertirse en directivo de “Space Mining Inc.”

De todas las ventajas adicionales, lo que más le satisfacía de su futuro ascenso era que su suscripción a “Affection and Sensibility” sería elevada de básica a clase ejecutiva. Actualmente, disponía únicamente de tres amigos, de nueve horas de afecto distribuidas entre sábados y domingos, y de dos llamadas, de diez minutos máximo cada una, efectuadas entre semana: una el martes al mediodía y la otra el jueves en la noche. Una vez promovido, los beneficios precedentes

se duplicarían y se le ofrecería la exclusiva opción de seleccionar a la persona con la que le gustaría pasar más tiempo. Braulio ya la tenía escogida.

Después de dos años de conocerlos, Braulio estaba muy satisfecho con los servicios de sus amigos. Los tres eran muy profesionales: se esforzaron por conocer a fondo sus intereses y pasatiempos, siempre lo escuchaban con atención y se preocupaban por su bienestar; además, sus especialidades se complementaban a la perfección. Frederick, un suizo educado en Panamá, era bromista y alegre; Martha, una australiana, era deportista y aventurera; y Sun Li, oriundo de Shanghai, era reflexivo e intelectual, el compañero indispensable para comentar novelas y películas y compartir dudas, sueños, sabores y expectativas.

—Bonjour...

Sin esperar a que Irma terminara su saludo afrancesado, empezó a besarla; se colocó encima y, por un instante, dejó que todo el peso de su cuerpo la aplastara; luego, se movió apenas lo justo para dejarla respirar y abrir las piernas.

—Ya te iba a despertar.

\*

Poco antes del mediodía, Irma se fue. Braulio la vio alejarse desde la ventana, mientras el sistema de ventilación eliminaba los últimos rastros de su perfume. La voz de la administradora digital de su apartamento lo interrumpió para informarle que tenía una llamada de Martha.

—¿Cómo está la mejor deportista de Vershalia?

Al levantar la vista, Braulio observó en el rostro de su amiga una seriedad que le era desconocida.

—¿Pasa algo?

—Ha sido cancelado el picnic de hoy. Hubo un cambio inesperado en las condiciones atmosféricas y toda salida a la superficie está prohibida.

—¡Es una lástima! Pero tal vez se pueda sustituir por...

—Por favor, sea paciente. A la mayor brevedad posible, uno de los supervisores de “Affection and Sensibility” se comunicará con usted.

Dolido y molesto por el tono impersonal con que lo trató Martha, Braulio pensó que debería formular una queja. Lo mejor sería aprovechar la llamada del supervisor para manifestar su disgusto y exigir una disculpa. Después de veinte minutos de espera, empezó a sentirse abrumado. Según lo previsto en el paquete básico, sus amigos tendrían de su número de teléfono y de su dirección electrónica, y podrían comunicarse con él en un horario establecido de mutuo acuerdo; pero él tenía prohibido contactarlos por cualquier medio. Decidido a no dejar que su fin de semana fuera echado a perder, trató —sin éxito— de que el 911-Affection lo atendiera.

Casi a las dos de la tarde, indignado y con dolor de cabeza, salió a almorzar. Al ingresar al centro comercial, observó pequeños grupos de personas que concentraban su atención en las pantallas de televisión ubicadas en la plaza principal. Se acercó a una. La directora del canal local de noticias entrevistaba, vía satélite, al presidente de la corporación “Affection and Sensibility”.

—...es la primera vez que algo así pasa en la compañía. La información de que dispongo es que siempre destacó por ser un empleado extraordinariamente responsable. Desconozco la razón por la cual procedió como lo hizo.

—Todo parece indicar que lo ocurrido va a profundizar el debate sobre el riesgo que supone que las personas especializadas en proporcionar servicios afectivos carezcan de los ingresos suficientes para suscribirse al paquete básico del producto que ofrecen; es decir, brindan amistad, pero no pueden financiar sus propios amigos.

—Ciertamente es una cuestión compleja y existe un equipo que trabaja ya en...

—Disculpe, señor Blair. De inmediato, le doy el pase al periodista Elías Kurtz, quien tiene información de último minuto. Adelante.

La tranquilidad del estudio televisivo fue sustituida por la agitación que predominaba en la puerta principal de conexión con la superficie de Cervantópolis, una estructura de acero empotrada en la base de una montaña. Numerosas personas, en particular policías, bomberos y socorristas, atestaban el vestíbulo. La preocupación que asomaba en los rostros de las autoridades fue acompañada por la voz, fuera de cámara, del reportero.

—Hoy a las once de la mañana un empleado de “Affection and Sensibility”, después de violar el código de una salida de emergencia, logró salir a la superficie. Según informó el director de la Cruz Roja, el sujeto acaba de ser localizado a unos cinco kilómetros al sur de la puerta principal, pero está fuera del alcance de los equipos de rescate. El inicio de la tormenta es inminente.

Con discreción, el camarógrafo se desplazó a la pequeña plataforma de observación meteorológica ubicada a un lado del vestíbulo, digitó las coordenadas de localización que le diera un socorrista y enfocó el valle. Tras el breve parpadeo que supuso el ajuste automático del lente, concentró su atención en una figura sentada en posición de yoga, en medio de una verde planicie. La tranquila expresión de su cara fue contemplada por miles de millones de espectadores en toda la galaxia. Sun Li tenía los ojos cerrados y parecía ajeno al frío y al viento. Braulio apartó la vista cuando, a lo lejos, las primeras nubes empezaron a caer.

## PROMETIDO POR LA BRISA

**C**on el propósito de aclarar, de una vez y para siempre, dudas carentes de justificación, sepan que provengo de una familia de hombres de confianza de la embajada. El iniciador de esa tradición fue mi bisabuelo, quien colaboró con la compañía en el derrocamiento de Arbenz, en la Guatemala de 1954 y, un año después, en el fracasado intento por derribar a Figueres; en la invasión a República Dominicana en 1965, y en la vigilancia de los exiliados chilenos que llegaron a Costa Rica después del golpe de Estado de 1973. Ya en la década de 1980, mi abuelo fue un agente clave en la guerra contra los sandinistas y en garantizar que las fuerzas de seguridad costarricenses quedaran bajo control del personal de inteligencia de la sede.

A diferencia de sus predecesores, cuyos esfuerzos tuvieron por eje Centroamérica y el Caribe, la experiencia de mi padre supuso el tránsito a operaciones en terceros mercados. Tras el ataque a las torres gemelas, fue uno de los que propuso establecer en Guantánamo un centro para la detención e interrogatorio de prisioneros especiales. Posteriormente, al intensificarse los ataques terroristas en Irak y Afganistán, tuvo a su cargo la organización de equipos de neutralización, compuestos por militares salvadoreños y guatemaltecos, cuya función en el Medio Oriente, vital para el éxito de la

democracia, consistió en identificar a los líderes hostiles y asegurarse de que no pudieran provocar más daño.

Mi colaboración, ya sistemática, comenzó en la década del 2020: durante la crisis brasileña del 2025, coordiné la infiltración de las organizaciones de oposición y conseguí la suficiente información confidencial para emprender una estrategia que, al fomentar una desconfianza creciente, impidió que las distintas fuerzas se unificaran; desgastadas por los conflictos internos y la campaña de desprestigio que la compañía ejecutó según mis sugerencias, el partido en el poder, afín a los intereses del libre mercado, venció en los comicios del 2026. Tal logro incrementó tanto mi prestigio que, en marzo del 2027, fui invitado a participar en la operación “Infinite Fear”.

\*

Verdaderamente, no fue por dinero, sino por principios. Mi familia hizo fortuna con el café desde el siglo XIX; después de 1960, empezamos a invertir en actividades industriales, y en la década de 1990, diversificamos todavía más las operaciones, al incursionar en áreas como la urbanización, el comercio de alta tecnología y el turismo. Tampoco se crea que somos simples gamonales con suerte para los negocios. Mi bisabuelo y mi abuelo fueron médicos muy conocidos, y mi padre y yo ejercemos la abogacía; en mi caso, además, soy un pianista de mérito y un poeta galardonado: en el 2015, mi tercer poemario, *Místico clavel oceánico*, se adjudicó el premio nacional de poesía de ese año.

En lo privado, mi familia destaca por una tradición de estabilidad y funcionalidad: muy pocos divorcios y, únicamente por excepción y durante cortos períodos, casos de violencia doméstica, adulterio, uso de drogas o adicción al licor; todos detectados y corregidos con discreción, rapidez y eficacia. Tres son los pilares de la vida cotidiana en mi casa: trabajo, orden y respeto, aplicados siempre bajo el supuesto

de que existe un Dios vigilante, cuyas leyes es preciso cumplir a toda costa. Ciertamente, al colaborar con la compañía, mis antepasados y yo, ocasionalmente, pudimos desacatarlas; pero tal proceder se basó en una máxima antigua: entre dos males, el católico sincero escoge el menor.

Sé que para muchas personas va a ser difícil entender lo que expreso, pero la civilización no está exenta de graves peligros y uno tiene que escoger. Mi bisabuelo y mi abuelo optaron por luchar, con todas sus fuerzas, contra el comunismo ateo; mi padre y yo somos conscientes de la amenaza que representa el fundamentalismo islámico. Por eso, desde casi un siglo atrás, mi familia se ha identificado profundamente con el único país que es capaz de imponer el orden en todo el planeta. Un examen de los archivos correspondientes demostrará que, al colaborar con la compañía, mis antepasados y yo hemos procedido de manera desinteresada. De los fondos asignados para financiar las operaciones, las sumas giradas a favor nuestro han sido, exclusivamente, por concepto de viáticos.

\*

Desde el 2026, la relación de la comunidad internacional con Irán empezó a deteriorarse: de nuevo, puntos de vista opuestos ascendieron entre Europa y Estados Unidos y fue sólo debido a la presión popular, que Washington aplazó una invasión prevista para octubre. Lo peor fue que la prensa estadounidense se dividió y los adversarios de la guerra, atrincherados en influyentes periódicos, en estaciones de radio y televisión y en Internet, lograron movilizar a millones de manifestantes. Bajo el lema de “Remember Irak”, algunos políticos oportunistas trataron, incluso, de volver a abrir investigaciones sobre la supuesta corrupción ocurrida durante la reconstrucción de ese país.

A finales de marzo del 2027, en el curso de uno de mis frecuentes viajes a San Diego, fui contactado de emergencia

por un exmiembro de la compañía y asesor del presidente. Acordamos vernos en una casa cerca de Long Beach. Cuando llegué, fui presentado a varias personas, todas profundamente preocupadas por la aguda caída experimentada por la administración en las encuestas (baja que presagiaba lo peor para los comicios del 2028) y por el apremio de resolver la cuestión de Irán. Uno de los asistentes informó que un comando israelí acababa de capturar, en Siria, un artefacto nuclear que, según lo que suponían los expertos, había sido fabricado en Tabriz.

En principio, se planteó que Tel Aviv diera a conocer lo sucedido a la opinión pública mundial, denuncia que sería aprovechada por el equipo del presidente para iniciar una campaña a favor de invadir Irán; sin embargo, una propuesta mejor, aunque más riesgosa, fue la que se impuso. La bomba, transportada por la compañía a Nueva York, sería ubicada en un apartamento localizado en Greenwich Village, en el cual pronto se evidenciaría una excesiva actividad de personas de perfil sospechoso, es decir, de fisonomía árabe. Entretanto, por la ciudad empezarían a correr rumores de un inminente y devastador atentado terrorista.

De acuerdo con el plan, se presumía que alguno de los vecinos, atemorizado por lo que se decía en las calles y por la presencia de individuos extraños y amenazadores en el barrio, pronto llamaría a la policía, la cual descubriría la bomba y documentación subversiva que incriminaría a las principales organizaciones pro-musulmanas. La estrategia permitiría matar dos pájaros de un tiro: intervenir a los grupos que más se oponían a la guerra e incrementar lo suficiente el porcentaje de la población que apoyaba la invasión para que el presidente, tras lograr la aprobación del Congreso, pudiera dar la orden de ataque. Ya en marcha las hostilidades, el margen de maniobra se ampliaría y sería más fácil explotar electoralmente el conflicto.

Puesto que mi misión en Brasil se había basado en una estrategia similar, la compañía deseaba que, junto con uno de sus especialistas, organizara la campaña de rumores, diseñara la evidencia incriminatoria y escogiera el personal que debía atraer la atención de los vecinos. Dado mi dominio del español y el importante peso demográfico que tienen los latinos en Nueva York, me cupo la tarea adicional de preparar una propaganda especial dirigida a ese componente de la población. Todo resultó de maravilla: en junio, la ciudad entera se moría de miedo y, por fin, el 4 de julio, se produjo la deseada llamada a la policía; sin embargo, algo salió mal. La bomba explotó.

\*

¿Por qué? Esa es la pregunta que atormenta a todos los que participamos en la operación. Sin duda, es lamentable que una de las más asombrosas ciudades del planeta desapareciera; pero, desde el punto de vista de los profesionales en inteligencia, lo importante es determinar qué falló. Las respuestas disponibles son, por el momento, sólo especulaciones: afirman unos que la razón por la cual los judíos pudieron capturar la bomba fue porque los sirios la prepararon como un caballo de Troya que explotaría en Tel Aviv; según otros, los israelíes alteraron el artefacto antes de entregárselo a la compañía para provocar un accidente y galvanizar el anti-islamismo en Estados Unidos; y los que parecen mejor informados aseguran que el estallido fue culpa de un oficial de policía, experto en explosivos que, sin autorización, trató de desactivar el detonador (según el protocolo, lo que correspondía era que llamara al Antiterrorist Bureau of America).

Estaba en San José cuando me enteré del estallido. Al pensar en los millones de muertos, no puedo evitar que mi cerebro sea invadido, repetidamente, por unos versos de Abdul Wajid, un poeta afgano desaparecido en el 2001

(según su biógrafo, Pierre Aznavour, falleció en Guantánamo, tras intensas sesiones de tortura; pero desconfío de tal dato por provenir de un izquierdista francés homosexual). Poco antes de iniciar la campaña de rumores, recordé haber leído, en versión portuguesa, un ominoso poema suyo, titulado “Promesa”, el cual consideré útil para los fines de la misión. Conseguí una copia, lo traduje al inglés y al español y lo hice circular en decenas de miles de volantes que fueron esparcidos por las calles de Nueva York en las semanas previas a la explosión; decía:

“Por el pastor afgano  
que fue hecho trizas  
por una bomba inteligente  
del Occidente  
cristiano,  
las brisas  
quemadas de esta tarde de guerra  
prometen convertir en fuego sus cenizas  
y anegar en lágrimas la tierra”.

## COMPENSACIÓN TERAPÉUTICA

**M**arcelo siempre se burlaba de su esposa porque era capaz de dormir en cualquier lugar; esa madrugada no fue la excepción. Con la cabeza apoyada en su hombro, parecía tener un sueño apacible. Él, en cambio, se sentía a punto de estallar. Sentado en la sala de espera del Nicoya Health and Care, el más exclusivo hospital de Guanacaste, esperaba el resultado de la operación de emergencia a que era sometido Eduardo, su único hijo. El joven de 17 años había salido a divertirse con unos amigos y, de vuelta al hotel, supuestamente por esquivar a una serpiente que cruzaba la carretera, perdió el control de la moto que conducía y se estrelló contra un muro.

Trató de distraerse al prestar atención a las conversaciones, en voz baja, de las otras personas que ocupaban la sala: turistas cuyas palabras, en alemán, italiano, inglés y francés se quejaban de los mosquitos, de la falta de señalización, de los abusos en los precios, de la lluvia inesperada o del excesivo sol.

—¿Qué hora es?

—Casi las cinco.

—¿Podés traerme un café?

Aprovechó su ida a la cafetería para salir al jardín y fumar un cigarrillo. Las primeras luces del amanecer se fil-

traban entre las estrellas, acompañadas por el canto de los pájaros. Al regresar, vio que su esposa, de pie, escuchaba atentamente lo que le decía una pareja de médicos. Apresuró el paso.

—Dice la doctora Sandoval que Eduardo está delicado, pero ya fuera de peligro.

El reconocimiento inmediato fue mutuo: a Marcelo casi se le cayó el café y la cirujana se sostuvo del brazo de su compañero.

—¿Te sentís bien?

—Nada de que preocuparse; sólo cansancio.

Recuperado a su vez, Marcelo les agradeció por salvarle la vida a su hijo, preguntó cuándo podría verlo y después, junto con su esposa, volvió al hotel. Diez días más tarde, Eduardo dejó el hospital y la familia retornó a San José.

\*

—¿Don Marcelo?

—¿Sí?

—Hay una persona en recepción que desea verlo; pero no tiene cita.

—¿Quién es?

—La doctora Emilia Sandoval.

Invadido por el pánico, su pensamiento inicial fue ordenarle a su secretaria que dijera que estaba muy ocupado; sin embargo, luego de calmarse consideró que lo mejor era enfrentar el asunto de una vez.

—Dígale que suba.

En Guanacaste, después del encuentro inicial, ya no la vio más. Ahora, sin la tensión y la falta de sueño de esa madrugada, pudo observar en detalle a la mujer que acababa de entrar a su oficina: era aún muy atractiva y vestía elegantemente. Muy serio, la saludó con un gesto casi imperceptible y la invitó a sentarse.

—¿Desea una taza de...?

–No, gracias.

Después de un incómodo silencio, Emilia dijo:

–Vine porque deseo preguntarle algo.

–La escucho.

–¿Por qué?

Especialista en excusas y mentiras, Marcelo, en tanto dueño de una de las principales agencias publicitarias del país, sabía cuándo la mejor estrategia era, simplemente, decir la verdad. La pregunta, además, era demasiado directa y precisa; sería ofensivo tratar de desviar el tema.

–En el 2015, terminé mi posgrado y conseguí una beca para especializarme en administración de tecnologías de la comunicación en Estados Unidos. Con la excusa de despedirme, dos de mis mejores amigos me invitaron a ir a Ladies’s Happy Hours Bar. Trino Escalante pagó los boletos y Miguel Urcuyo reservó un cubículo privado.

Sin poderlo evitar, se sorprendió al constatar cuán vívidos permanecían esos recuerdos. Era una noche de agosto, fresca y clara. Músicas muy diferentes recorrían, a todo volumen y de un extremo al otro, la Calle de la Amargura, junto con los vendedores ambulantes de drogas, autorizados y piratas, y las miradas inquisidoras de los policías, en uniforme y encubiertos. Afuera de los bares, hombres de todas las edades, tamaños y condiciones esperaban ansiosos e impacientes a que dieran las once. En ese momento mágico, terminaría el plazo que les impedía el ingreso a locales donde, desde las nueve, las mujeres podían beber todo el licor gratis que desearan y comprar todo tipo de alucinógenos a mitad de precio.

–Antes de salir para el bar, Trino me contó que una prima suya, Carla, tenía una amiga que todavía era virgen y que la iba a llevar esa noche. Miguel le propuso que me la dejara. Él se rió, pero después de insistirle mucho, accedió. Dijo que sería mi regalo de despedida.

Entre empujones y el aire cargado de humo de cigarrillo, se acercaron al cubículo, saludaron, se sentaron y pidieron más bebidas. Trino le dijo algo a Carla que la hizo reír: se levantó y, en pocos minutos, organizó a las parejas para que Vanesa quedara sentada al lado de su primo, ella con Miguel y Emilia con Marcelo.

—Se suponía que todos debíamos pasar un rato tranquilo y agradable.

Después de que les llevaron otra botella de tequila, Trino deslizó la mano por debajo de la mesa y localizó los controles: digitó el código para cerrar la puerta del cubículo y bajó al mínimo la intensidad de la luz.

\*

Durante varias semanas, Carla y Vanesa se esforzaron por convencerla de ir a ese bar; al final aceptó, con tres condiciones: se limitarían a beber, fumar y aspirar; dispondrían de un cubículo privado; y permanecerían solas. Sus dudas eran justificables: todavía era menor de edad (tenía 17 años) y, en caso de ser detenida, el promedio de calificaciones de sus dos últimos años de colegio podía verse afectado y perjudicar su ingreso a la Facultad de Medicina; además, no quería que su primera vez fuera con un completo extraño.

—Al día siguiente, con la cabeza ya despejada, tomé consciencia de lo ocurrido y fue terrible. Parecía una pesadilla. Todavía tenía rastros de sangre en mis piernas.

Empezó a sospechar el engaño cuando los vio llegar. Aunque Trino y Carla aparentaron que era una coincidencia, Vanesa se apresuró a invitarlos a compartir la mesa. Iba a protestar, pero una de sus amigas le susurró al oído: “No te preocupés; sólo será un rato”. Decidió correr el riesgo.

—Me fui lleno de incertidumbre. Durante mis primeros meses en Estados Unidos, dormí muy mal y, cada vez que sonaba el teléfono, temía que fuera alguno de mis parientes para avisarme que existía una denuncia en mi contra.

Fue fácil convencerla de no decir nada. Prefería callar a que su familia se enterase de lo ocurrido. Además, Vanesa y Carla le advirtieron, enfáticamente, que si planteaba una acusación, declararían a favor de Marcelo. Su único consuelo provino de verificar, unos días después, que no se encontraba embarazada.

—Acepto que no existe justificación para lo que hice y crea que me siento profundamente avergonzado; pero, por favor, considere los atenuantes: mi juventud (acababa de cumplir 24 años), las drogas, el licor y, sobre todo, la verosímil presunción de que, si usted estaba en ese bar, era porque quería compartir con alguien.

De lo que se sabía completamente segura era que, esa noche, había dicho no muchas veces, primero con su voz y sus ojos, después con sus gestos, y finalmente con todo su cuerpo. Manos, pies, uñas, dientes, rodillas y codos se convirtieron en instrumentos de una resistencia tan intensa como insuficiente.

—No puedo modificar el pasado, pero permítame tratar de compensarla de alguna forma. Tal vez una opción sea que le financie un tratamiento de borrado de esa experiencia traumática: aunque el procedimiento es sumamente caro (usted sabe cuánto, ya que es doctora), con gusto asumiré el costo. Todo lo que sucedió esa noche y los eventos posteriores relacionados desaparecerán de su memoria. ¿Qué le parece?

Sin mirarlo, Emilia se puso de pie y salió de la oficina. Ya en el ascensor, levantó la vista desafiantemente. La cámara de seguridad de alta definición digitalizó su infinito desprecio.



## LA INVENCIÓN DE POLIMENI

**A**lirio Polimeni se exilió en Costa Rica después del golpe de Estado que derrocó al presidente Caldas en el 2070. Tenía 27 años y acababa de terminar su posgrado en bioquímica digital, en la Universidad de San Martín de Buenos Aires, cuando la breve restauración democrática, iniciada en el 2064, colapsó. El día en que los militares lo detuvieron, se encontraba en su oficina, y su torpe intento de resistencia fue abatido a golpes. Inconsciente, fue dejado en una celda, con otros detenidos, en lista de espera para ser torturado. Ciertamente, a él no le interesaba la política, pero a su esposa, una periodista de izquierda, sí.

Lo despertó una voz conocida: era su tío, el coronel Laguna. “Levantate, viejo, que no me sobra el tiempo”. Abrió los ojos y, tras mirar alrededor, supo que se encontraba en una oficina, tendido en un sofá; un enfermero militar lo examinaba. Intentó expresar algo, pero lo único que salió de su boca fue un gemido. “No digás nada, sólo apurate”. Al tratar de incorporarse, perdió otra vez el conocimiento. Cuando volvió en sí, estaba en el asiento trasero de un auto que circulaba apuradamente por la Avenida Santa Fe.

—¿Y Delia?

Visiblemente molesto, su tío, ubicado al lado del conductor, le contestó con una pregunta, sin voltear la cabeza:

—¿No ves que me estoy jugando el pellejo por culpa de la hijueputa de tu mujer?

Poco después, el auto se detuvo. De prisa, el chofer lo ayudó a salir, lo condujo a una verja de estilo colonial y tocó el timbre. Lo miró por un instante y se fue. Trató de voltearse, pero sintió que perdía las fuerzas. Tuvo la impresión de que unas personas se aproximaban. Creyó oír el sonido de un portón al abrirse y de una voz masculina que decía algo de llamar a un médico. Antes de volver a desmayarse, intuyó que lo llevaban, casi a rastras, por un jardín. Reconoció el perfume familiar de algunas flores y la luz de la luna que se filtraba por las frondosas ramas de un árbol. Atravesó una terraza y lo sentaron, por un instante, en un sillón de mimbre. Su mirada tropezó con un afiche, cuidadosamente enmarcado, en el que una joven desnuda salía del mar al atardecer. Abajo se leía: “Costa Rica es pura vida”.

\*

Para entender cómo Alirio se convirtió en una de las personas más acaudaladas del planeta es preciso partir de la investigación que efectuaba antes de su detención y de las dificultades de su matrimonio. Delia Tordesillas, según su esposo, era bellísima; pero tenía, de acuerdo con la misma fuente, dos problemas serios, uno político y el otro sexual. Procedente de una familia de intelectuales de izquierda, desde antes de graduarse se convirtió en periodista de planta de *Jornada Obrera*, órgano del Partido Socialista Radical. En breve, destacó como una crítica aguda e implacable del nuevo tratado de libre comercio entre Argentina y Estados Unidos y de la amnistía perpetua para el personal militar y policial que la dictadura oportunamente decretó antes de las elecciones del 2064.

A diferencia de los Tordesillas, los Polimeni, en su mayoría comerciantes importadores y funcionarios públicos de alto nivel, destacaron por su apoyo a los militares. En un

inicio, Delia procuró mantener un bajo perfil acorde con el modelo de esposa sumisa; pero pronto empezó a enfrentarse, cada vez más agudamente, con su suegro, quien la apodó “la troska”. Dado que la política le era por entero indiferente, Alirio no podía entender por qué su mujer, en los eventos familiares, no podía simplemente permanecer en silencio o fingir que tenía interés por los vestidos comprados en Miami por sus cuñadas. Después de escuchar este punto de vista, la respuesta lapidaria de su cónyuge fue:

—La próxima vez que te casés, buscate una que sea muda y tonta.

Más que la política, el principal escenario de disputa y desencuentro de la pareja fue la cama. Casi al cumplir un año de casados, Delia le propuso a Alirio que asistieran a terapia, iniciativa que él rechazó de inmediato, pero que reconsideró una vez que su esposa amenazó con abandonarlo. Luego de tres meses, ella concluyó que la mejoría era mínima y que no valía la pena perseverar.

—Gabriela me invitó a pasar unos días en Viña. Me voy el jueves y cuando regrese...

Alirio se valió de un beso para interrumpirla.

—Por favor, no...

—Cuando volvás espero que me dejés enseñarte algo.

—¿Qué es?

—Pensá que es una sorpresa.

\*

La vio salir del área de equipajes y se apuró. Parecía tranquila, quizá un poco triste y, sin duda, indiferente a los que volteaban la cabeza y la cubrían de deseo con la mirada. Se saludaron en silencio, con un beso en la mejilla. Tomó su maleta, la puso en la cajuela del auto y arrancó.

—¿Disfrutaste?

—Descansé, por lo menos.

—¿Te puedo preguntar...?

—Esperá mejor a que estemos en el apartamento.

Respiró profundamente y cuando calculó que ya tenía su molestia bajo control, volvió a insistir:

—¿Sabés en qué consiste mi trabajo?

—¿A qué viene eso?

—Contestá, por favor.

El tono imperativo de su voz era una invitación abierta para empezar a discutir, pero Delia, tras vacilar un segundo, decidió ignorarlo.

—Tratás de fabricar cadenas de ADN digitales que pueden sustituir a las orgánicas. ¿Es correcto?

—Parcialmente. El problema es más complejo; en lo que me ocupo, desde que empecé el posgrado, es en lograr la comunicación entre cadenas cualitativamente distintas. Contarle un secreto a una periodista siempre es una locura, pero te lo voy a decir. Creo que lo logré.

—¿Pudiste conectarlas?

—Finalmente sí. Diseñé una tecnología y unos programas que permiten que las cadenas digitales y orgánicas compartan información. Ciertamente, lo que tengo es un prototipo que deberá ser perfeccionado, pero esto es sólo cuestión de tiempo.

—Verdaderamente me alegra mucho...

—Delia, una derivación no planeada de lo que inventé puede ayudarnos.

\*

Sentada en el borde de la cama, Delia lo miró seriamente, en tanto su esposo extraía varios aparatos de un extraño maletín. Después de conectarlos a la computadora, Alirio empezó su explicación:

—Lo que tengo en mi mano izquierda y parece un pequeño parche es un neurotransmisor digital de doble vía, es decir, emite y recibe. Sobre la cómoda, puse un regulador de tráfico, cuya función es asegurar la comunicación no distor-

sionada de los impulsos eléctricos cerebrales y su decodificación sensorial.

—No entiendo ni jota.

—El equipo permite compartir sensaciones.

—Disculpá, pero, ¿ya vos probaste todo esto antes?

—Con conejos.

Todavía agitada por la risa, Delia preguntó:

—¿Verdaderamente sabés cómo va a funcionar?

—En teoría, sí.

Sin poder evitar la duda que cubrió su rostro, expresó casi en un susurro:

—¿Cuáles son los riesgos?

—El peligro principal es que no ocurra nada.

—¿Dónde me vas a poner ese parche?

—Puedo colocártelo en cualquier parte, pero sería preferible en una pierna.

—¿Me va a dejar una cicatriz?

—¡Por supuesto que no!

—Todo sea por intentarlo.

Entre nerviosa e incrédula, Delia empezó a desnudarse. Con una paciencia fingida, Alirio colocó el neurotransmisor en la pierna derecha de su esposa; después, se quitó la ropa.

—Voy a ponerme el mío en el brazo.

Por un par de minutos quedaron frente a frente, sin palabras e inmóviles. Muy lentamente, Alirio extendió la mano y la deslizó por uno de sus senos. Delia sintió el contacto de su piel y, un segundo después, la sensación que él experimentó al tocarla.

—Es rarísimo.

—Tu turno

Pese a que Alirio creía que estaba preparado para todo, el asedio de caricias a que fue sometido, lo dejó casi sin aliento. Envueltos por sucesivas oleadas de placer que circulaban de un cuerpo al otro, se abrazaron y, sin escatimarse

besos, cayeron sobre la cama. Esa noche, según lo que Delia asentó después en su diario electrónico, en vez de quejas, lágrimas y sentimientos de culpa, lo único que dejaron sobre las sábanas, antes de dormirse, fueron fragmentos de escarcha, cabellos sucumbidos y el inconfundible olor del deseo saciado.

\*

El “neuro”, como fue popularmente conocido, revolucionó diversas áreas de la ciencia y de la vida cotidiana y convirtió a Alirio en un magnate. Tras fijar su residencia en Ujarrás de Cartago, volvió a casarse en el 2077, se convirtió en padre de dos niños y, cuando consideró que su posición era suficientemente segura, creó la Fundación Delia, cuyo fin era promover la vuelta a la democracia en Argentina y la abolición del ejército en ese país. Al colapsar la dictadura, tal organización inició una fuerte campaña contra la impunidad militar y policial y financió las actividades del Comité de la Verdad, encargado de investigar las atrocidades cometidas contra los civiles.

En los días inmediatamente posteriores a su llegada a Costa Rica, Alirio procuró averiguar lo ocurrido con su esposa, pero sin éxito. Su esfuerzo por informarse fue complicado porque su tío, el coronel Laguna, pereció a finales del 2070 en un enfrentamiento con los llamados “terroristas” de izquierda. Después de la caída de la dictadura en el 2078, lo único que el Comité de la Verdad logró determinar con certeza fue que a Delia la secuestraron a la salida de una farmacia. Al tratar de resistirse, fue golpeada en la cabeza e introducida, al parecer inconsciente, a un auto sin placas. En la acera quedaron pequeñas gotas de sangre.

Lo demás era simple especulación. Se decía que fue una de las veinte mujeres a las que quemaron vivas en una cárcel improvisada en las afueras de Buenos Aires. De acuerdo con otros testigos, fue violada, torturada y arrojada al océano

desde un avión militar. Según algunos, enfermó de pulmonía y murió en prisión. La versión del supuesto conductor del auto utilizado para secuestrarla fue que el cachiporrazo la mató instantáneamente, razón por la cual otro equipo se hizo cargo de trasladar el cuerpo a un cementerio clandestino (una fuente adicional afirmaba que el cadáver fue abandonado en un depósito de basura). Alirio jamás supo qué le pasó a Delia ni dónde estaban sus restos.

\*

Poco antes de fallecer de un infarto en el jardín de su casa en Ujarrás, visitó Buenos Aires por última vez. Le faltaban doce días para cumplir 75 años y asistió a una conmemoración por las personas desaparecidas. Mientras escuchaba el discurso inaugural, una parte de su cerebro evocaba la mañana posterior a la primera vez que él y su esposa utilizaron el neuro. Se despertó al sentir un cosquilleo en la espalda: los labios de Delia descendían por su columna y estremecían con un beso a cada vértebra. Se volteó y la miró. Iba a decir algo, pero ella se le adelantó.

—¿Sabés qué?

Con los ojos llenos de sueño todavía, Alirio evidenció que era incapaz de responder a una pregunta tan precisa.

—Tu invención me gusta más que la de Morel.

—¿La de quién?

—No importa. Volvete y dejá que siga. Me fascina cómo sentís mis besos.



## INMIGRANTE FRUSTRADO

**E**mma, para variar, estaba en desacuerdo conmigo. Su idea de unas vacaciones perfectas era ir a un lujoso hotel de playa en el que pudiera someterse a diversos tratamientos para la piel y el cabello, ejercitarse con un entrenador profesional, broncearse y degustar las más variadas comidas dietéticas. Mi propuesta le pareció una locura: primero se lamentó, después lloró y, por fin, accedió, tras dejar en claro que su anuencia era el obsequio adelantado que me daba por los cincuenta años que cumpliré en septiembre próximo. Aceptado el trato, el 15 de enero del 2196 compré un paquete turístico para pasar casi una semana en la Costa Rica de 1909.

\*

De acuerdo con el itinerario preparado por “Time Expeditions”, fuimos transportados a un vapor de la United Fruit Company que acababa de iniciar el desembarco de pasajeros: en los pasaportes, constaba que éramos colombianos de Bogotá, en tránsito de Limón a Puntarenas, puerto desde el cual partiríamos a San Francisco. Emma, aunque se quejó del calor, de los mosquitos, de la comida y de un penetrante olor a banano podrido, terminó por disfrutar la caminata por la ciudad, cuyos estilos arquitectónicos identificó con una precisión que me dejó asombrado. Después de la cena,

leímos los periódicos y nos acostamos temprano, ya que a las siete de la mañana del día siguiente debíamos tomar el tren para San José.

Aunque para Emma el viaje fue una pesadilla, yo lo disfruté plenamente. Por la ventanilla, desfilaban selvas, montañas y precipicios vestidos con todos los tonos del verde; entre la vegetación, se distinguían, a veces sólo brevemente, ríos, cauces y pequeñas cataratas, cuyo estruendo competía con el silbido del viento, el canto de las aves y los aullidos de los monos. Al aproximarse a Turrialba, a medida que pastos y cafetales empezaban a sustituir al bosque y a los cultivos de banano, el tren empezó a disminuir su velocidad. Se detuvo en una pequeña estación, al lado de la cual, en un potrero cubierto de flores silvestres y bajo la sombra de un inmenso árbol, estaban dispuestas varias mesas para los viajeros de primera clase.

Con tal de refrescarse, Emma me acompañó, pero todo su almuerzo se limitó a unas frutas; en contraste, yo sí acepté el enorme trozo de carne de res asada que me fue servido, el cual acompañé con una botella de vino tinto español. Si bien el traje entero que tenía puesto me incomodaba un poco —especialmente la corbata—, toda mi atención se concentraba en disfrutar de la espléndida tarde y de la conversación con varios de mis compañeros de viaje. Después de que el tren reanudó su recorrido, procuré permanecer despierto; sin embargo, el sueño me venció sin dificultad. Me desperté casi a las siete de la noche, unos dos kilómetros antes de llegar a San José.

Pese a la multitud y a las prisas de Emma para que nos fuéramos al hotel lo antes posible, me tomé el tiempo necesario para admirar la bella Estación del Atlántico; después, al contratar la volanta, le indiqué al cochero que condujera despacio. Bajo una luna llena brillante, reconocí la silueta del Monumento Nacional, me enamoré de los pequeños

palacios que bordean el Paseo de las Damas, saludé con respeto al Edificio Metálico y disfruté los cuidados jardines del Parque Morazán, cuyo coqueto Templo de la Música daba la impresión de que, en cualquier instante, se presentaría una orquesta maravillosa y empezaría a tocar.

\*

Imagino que no les sorprenderá si les digo que a mí me fascinó el “Hotel Francés” y a Emma no; sin embargo, al día siguiente, amaneció de mejor ánimo y disfrutamos de una bella excursión a Cartago. Tras recorrer sus viejas calles y admirar casas e iglesias, tomamos un tranvía a vapor que, en unos treinta minutos, nos dejó en el balneario de aguas termales. Allí almorzamos y, desde la azotea, contemplamos la cuenca del río Reventazón y el majestuoso volcán Irazú; después de una pequeña caminata por los alrededores, volvimos al edificio principal, donde yo me acomodé en una amplia tina de lujo, mientras ya saben quien prefirió quedarse en la sala de lectura.

De regreso a San José, descansamos, fuimos a la retreta del Parque Morazán, cenamos y a dormir. Muy de mañana, salimos para Heredia: era un luminoso día de verano y el sol acariciaba con sus brillos dorados el verde oscuro de los cafetales y el rostro curtido de campesinos y jornaleros. Luego de dar una vuelta por la ciudad y de conocer al célebre sacerdote Rosendo de Jesús Valenciano (iba de prisa porque tenía que entregar un artículo para que fuera publicado en la próxima edición del periódico *El Orden Social*), visitamos un beneficio de café, donde nos sirvieron un suculento almuerzo.

Pasadas las dos de la tarde, partimos para la villa de Barva y, por una vez, coincidimos en algo: era como estar en la época colonial. Pese a que nos encantó, fue poco el tiempo que tuvimos para disfrutar su viejo casco urbano: a las siete y treinta de la noche debíamos estar en el vestíbulo

del hotel, donde una volanta nos recogería para llevarnos al Teatro Nacional: esa noche se escenificaba “Magdalena”, de Fernández Guardia.

Me es difícil encontrar las palabras apropiadas para expresar cuánto disfruté esa presentación y la interesante cena a la que asistimos después; quizá por eso me costó tanto dormirme: en el fondo, sabía que el próximo sería el último día en San José. Sin prestar atención al cansancio, empleamos la mañana en caminar por la capital y visitar varios de sus principales edificios: templos, colegios, la Biblioteca y el Museo nacionales y el Congreso. Después de un almuerzo frugal, tomamos el tranvía y recorrimos todas sus rutas; y ya para terminar, fuimos de tiendas y librerías; en una de estas últimas, a Emma se le cayó el abanico y se lo juntó un caballero muy simpático y galante que, casi estoy seguro, era Cleto González Víquez.

En el restaurante del hotel, después de finalizar el delicioso postre con el que culminó la cena, contemplé la vida que se agitaba del otro lado de la ventana: mercaderes ambulantes de todo lo imaginable y pregoneros que se esforzaban por vender los últimos ejemplares de los diarios vespertinos; artesanos y obreros que venían de los talleres y fábricas; señoras y señoritas elegantes que contrastaban con la sencillez de las mujeres trabajadoras; burócratas y profesionales liberales serios y almidonados; jóvenes que se reían y gritaban; y parejas ansiosas en busca de lugares apropiados para deshacerse en besos. Con profunda tristeza, recordé que en menos de doce horas debíamos tomar el ferrocarril para Puntarenas; una vez allí, seríamos devueltos al tiempo al que pertenecíamos.

—Emma, ¿por qué no nos quedamos?

\*

Convine en acompañar a Gabriel en este costoso viaje porque, desde que lo conocí, ese era el sueño de su vida:

visitar, aunque fuera sólo por unos pocos días, la Costa Rica del álbum fotográfico de Zamora. Sin embargo, temía que pasara esto: aquí va a la par mía, triste y silencioso, en el tren que nos conduce de regreso. Imagino en lo que piensa: después de un corto paseo por el puerto, en cuestión de segundos estaremos de vuelta en la plataforma de embarque de “Time Expeditions”, y el aroma a mar será sustituido por el aire sin olor de Nueva Casiopea, la principal metrópoli lunar. Quizá, para torturarse todavía más, él se ve ya en la sala del apartamento, sentado en el sofá, con el televisor encendido, mientras contempla, de vez en cuando y a través de la ventana, una Tierra de color cobrizo, que dejó de ser habitable más de un siglo atrás.

Hubiera preferido mil veces pasar las vacaciones en el Galileo Resort, en el Mar de la Tranquilidad. Aunque su costumbre es quejarse porque todo es artificial, sé que a Gabriel le fascina trotar en la arena y dejarse revolcar por las olas. Además, siempre es posible encontrar varias parejas amigas, con las cuales compartir un juego de mesa o, simplemente, conversar. Sin duda, el viaje a Costa Rica ha sido fantástico en varios sentidos, y lo he disfrutado mucho, a pesar del calor, los insectos, el polvo, la comida, los malos olores y esta incomodísima ropa que tuve que ponerme; pero estoy segura de que esta experiencia va a agravar la obsesión de mi marido.

La relación de pareja sería más sencilla si Gabriel aceptara que, aunque somos dos profesionales exitosos (él es ingeniero y yo soy abogada) y tenemos un estilo de vida bastante sofisticado, jamás dispondremos del dinero suficiente para comprar una visa que nos permita inmigrar al pasado terrestre. Sólo los verdaderamente ricos pueden darse el lujo de irse a vivir al África y al Asia coloniales, a la Europa de la belle époque, a los Estados Unidos de las décadas de 1950 y 1960 o a diversos países de la América

Latina anterior a la crisis de 1930. ¡Me acongoja tanto! El tren empieza a salir de la estación de Atenas y su rostro, tan alegre y entusiasta los días anteriores, parece ya el de un condenado a muerte –a diferencia del personaje de Bresson, sin opción de fuga– que revisa, en detalle, todo lo que pronto le será arrebatado.

## LA MORSA MAROMERA

Una tarde de febrero del 2069, cuando tenía diez años, mi hermano Carlos me llevó a ver, en el salón comunal de Bolsón de Santa Cruz, las increíbles acrobacias de la morsa maromera. Pese al sofocante calor, elevado al máximo por la enorme asistencia de adultos y niños y la escasez de brisa, el espectáculo, de una hora de duración, satisfizo plenamente al público, que premió con aplausos entusiastas todas las extraordinarias piruetas de Copita. Después de terminada la función, mientras me comía un granizado, observé a un anciano que vigilaba, con el ceño fruncido, a varios trabajadores ocupados en desmontar cuidadosamente el escenario ártico, fabricado con nieve sintética desarmable y no derretible; acabada esa labor, acomodaron las piezas en un pequeño camión de carga, bastante despintado.

—¿Sabés quien es ese señor?

—El dueño de la morsa.

—Sí, pero, ¿además de eso?

Guardé silencio en señal de ignorancia, un proceder típico en mí cada vez que Carlos, profesor de español en el colegio local, me preguntaba algo que no sabía.

—Es el poeta Fermín Luján.

En su voz, la admiración competía con el respeto.

\*

La privatización de la Caja Costarricense del Seguro Social y del Ministerio de Educación Pública, propuesta en el 2050 por el gobierno del presidente Sánchez y apoyada por las cámaras empresariales, provocó amplias manifestaciones populares en contra. La aprobación del proyecto en primer debate por unos diputados cuya preocupación principal consistía en las comisiones que se iban a embolsar, desencadenó una ola de disturbios y de cierre de vías que paralizó al país. El Poder Ejecutivo, en tales circunstancias, optó por contratar los servicios de “World Security”, una compañía que, en pocos días, desembarcó en el territorio nacional una fuerza de más de 10.000 mercenarios fuertemente armados. Luego de dos días de confrontación, varias decenas de muertos y cientos de heridos, el movimiento de oposición fue derrotado.

Presionado por los medios que exigían castigos pronto y contundentes, el gobierno inició una extensa persecución de los líderes de las protestas. Gracias a un decreto que los declaró terroristas civiles, sus empleadores pudieron despedirlos sin responsabilidad patronal y a las autoridades se les facilitó confiscarles todos los bienes, anularles los pasaportes y condenarlos a prisión por períodos que oscilaron entre dos y cinco años. Las principales víctimas de tales procesos fueron personas vinculadas a organizaciones sindicales, ecológicas y comunitarias. La única figura de prestigio, entre los detenidos, era Fermín Luján, catedrático universitario, especialista en la poesía española del período 1914-1939 y considerado el más destacado poeta vivo de Costa Rica.

Conocida su detención, el gabinete de Sánchez se dividió entre los que insistían en que debía ser castigado con todo el rigor de la ley y los que, tras invocar el decisivo aporte de Luján a la cultura nacional, proponían una transacción. La vicepresidenta Macaya, una exalumna del poeta, fue comisionada para proponerle lo que esos altos

funcionarios consideraron una opción digna: los cargos en su contra serían retirados con tal que aceptara irse a Estados Unidos y, durante cinco años ininterrumpidos, impartiera clases en una universidad todavía por definir (probablemente, Columbia). Vencido el plazo, durante el cual debería evitar todo tipo de pronunciamiento político, podría regresar al país y reincorporarse a su trabajo académico.

El poeta, al ver ingresar a la vicepresidenta a la sala de visitas, se alegró porque creyó que venía a excarcelarlo, y la saludó con un efusivo beso y un fuerte abrazo; pero el júbilo desapareció de su rostro una vez que escuchó, casi sin respirar, la propuesta de exiliarse y callar. Macaya, que conocía su carácter explosivo, consideró que era un signo alentador que Luján permaneciera en silencio.

—Voy a dejarte solo para que lo pienses. Necesito que contestés antes de las nueve de la mañana. Apenas son las cinco de la tarde, así que tenés tiempo. Te dejo el celular de mi secretaria. Apretá uno para comunicarte directamente conmigo.

Costa Rica entera conoció la respuesta al filo del amanecer: un soneto titulado “El país que me deja”, el cual —escrito en el teléfono que le proporcionó su exalumna— envió a los principales periódicos y telenoticieros:

“Podría partir y olvidar tus valles,  
despertar con un sol de otro idioma,  
cubrir mi origen, desandar tus calles  
y, con perfume, lavar tu aroma.

Desconozco si me acostumbraría  
a vivir entre arcos y manzanas,  
a contemplar cómo se alarga el día  
o a la nieve que anida en las ventanas.

Dejaría en el desván toda foto  
en que se asomara tu paisaje,  
verde y azul, con su perfil de aldea.

¡Pero eres tú el que te vas! Remoto:  
sin oírme, alistas tu equipaje  
con cuanto es mío, aunque no lo sea.”

\*

Después de cumplir una pena de tres años en prisión, fue puesto en libertad. Había encanecido mucho y estaba muy delgado. No tenía donde vivir, puesto que tuvo que deshacerse de su condominio para cancelar una acción civil resarcitoria a favor del Estado. Descubrió, con horror, que su valiosa biblioteca tampoco existía ya. El dueño de la bodega en que la dejó, se la apropió para cobrarse un aumento en el alquiler y la vendió a una empresa fabricante de cajas de cartón. Trató de volver a enseñar, pero fue rechazado por sus antecedentes subversivos, condición que le imposibilitaba, también, solicitar un pasaporte.

Varios amigos, discretamente, le proporcionaron una modesta suma, con la cual compró una morsa artificial (las verdaderas desaparecieron en la década del 2030), utilería básica y un camión de segunda. Se dedicó a recorrer el país. Al principio fue difícil, pero sus funciones para niños y adultos pronto le dieron para vivir y, pese a la frustración, no tardó en reconciliarse con su nuevo oficio. Su constante desplazamiento entre pequeños poblados era una experiencia muy similar a la de bisabuelo, quien destacó, en el siglo XX, en el campo del entretenimiento popular: de fabricante de payasos pasó a ser titiritero, actor aficionado y empresario circense.

La rehabilitación cultural de Luján comenzó en el 2089, a diez años de su muerte. Por esas coincidencias de la vida, fui designado para dirigir un documental sobre él. Sabía que no sería fácil: desde un inicio se me indicó que debía dejar por

fuera su participación en las protestas del 2050 y el encarcelamiento posterior. Frente a esa limitación, decidí abrir el filme con una escena recuperada de mi memoria infantil: un anciano, acompañado por una morsa maromera artificial, enciende un destartalado camión de carga, y se aleja de un pequeño poblado por un camino polvoriento, iluminado por un sol de atardecer guanacasteco profundamente rojo.

A medida que los celajes se disuelven, el documental discurre por un cauce más tradicional: una cronología que, tras descartar el período vedado, pasa de lo que era la vida del poeta en el 2049 a su muerte en el 2079. Sin embargo, en vez de terminar la película con una toma de su modesta tumba en el cementerio de Osa (Luján falleció allí de un infarto), opté por experimentar con varios finales. Me decidí por uno que edité con base en una vieja filmación digital que me facilitó una persona que desea permanecer anónima. Trata de una concurrida mesa redonda, en el auditorio del Centro Cultural Benedetti de la embajada uruguaya en San José. Allí está él, todavía joven —apenas de 35 años—, en compañía de otros destacados intelectuales de la época. El moderador advierte que hay tiempo para una última pregunta y una joven se apresura a levantar el brazo: luego de declararse admiradora incondicional y entusiasta de su poesía, plantea una cuestión impertinente:

—¿Quién es la Isabel a la que está dedicado su nuevo poemario?

Todo el público se abisma en un profundo silencio, a la espera de que el poeta, acorde con su reputación, estalle y castigue a la imprudente curiosa con una frase lapidaria, un sarcasmo cruel o una metáfora furibunda; pero para sorpresa de la audiencia, con una voz vacilante y casi triste, el terrible Luján, sin importarle que su respuesta parezca cursi y poco original, susurra:

—Alguien cuya ausencia pesa en el aire que respiro.

El lector conocerá en el presente libro a costarricenses que no pueden inmigrar a Costa Rica, que participan en la destrucción de Nueva York, que habitan en planetas extraños y distantes, que deambulan por un Caribe devastado o que, simplemente, se aferran con desesperación a un país que, sin prestar atención a su voces, los abandona.

Iván Molina Jiménez es autor de la novela *Cundila* (2002) y de *La miel de los mudos y otros cuentos tícos de ciencia ficción* (2003).

